



BANCO CENTRAL DE VENEZUELA

CARACAS

pandémica

Con prólogo de Clodovaldo Hernández

Earle Herrera ♦ Ana Cristina Bracho ♦ Jesús Arteaga
Laura Antillano ♦ Yorwuel Parada ♦ Mercedes Chacín
Roberto Malaver ♦ Andrea Quiñones Rubio ♦ Armando Carías
Teresa Ovalles ♦ Malú Rengifo ♦ Pedro Delgado ♦ Nathali Gómez
Gustavo Mérida ♦ Francis Cova ♦ Marlon Zambrano ♦ Tatum Gois
Jessica Dos Santos ♦ Gabriel Jiménez Emán



CARACAS PANDEMICA

© Fundación para la Comunicación Popular CCS

Erika Farías

Alcaldesa de Caracas

María Isabella Godoy

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Edición al cuidado de

Mercedes Chacín y Gustavo Mérida

Corrección

Mario Flores

Cronistas

**Earle Herrera ↔ Ana Cristina Bracho ↔ Jesús Arteaga ↔ Laura Antillano ↔ Yorwuel Parada
Mercedes Chacín ↔ Roberto Malaver ↔ Andrea Quiñones Rubio ↔ Armando Carías
Teresa Ovalles ↔ Malú Rengifo ↔ Pedro Delgado ↔ Nathali Gómez ↔ Gustavo Mérida
Francis Cova ↔ Marlon Zambrano ↔ Tatum Gois ↔ Jessica Dos Santos ↔ Gabriel Jiménez Emán**

Diseño, diagramación y concepto gráfico

Tatum Gois

Diseño de portada

Tatum Gois





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Foto de portada

Durante la primera jornada de flexibilización una madre y su hijo pasean en bicicleta por el bulevar de Sabana Grande.

CLODOVALDO HERNÁNDEZ	
Prólogo: La crónica como cura	5
EARLE HERRERA	
Un virus que es puro cuento	12
ANA CRISTINA BRACHO	
Los zapatos	19
JESÚS ARTEAGA	
Hasta el perro hace su aporte	26
LAURA ANTILLANO	
De las aventuras de Margarita en pandemia	32
YORWUEL PARADA	
Felipe	38
MERCEDES CHACÍN	
Vivir para contarla desde un jardín	45
ROBERTO MALAVER	
“Platero” y yo	56
ANDREA QUIÑONES RUBIO	
El vuelo de mi madre	61
ARMANDO CARÍAS	
Experiencia psicotomimética en la cola de la gasolina	70

TERESA OVALLES MÁRQUEZ	
Ventanas, silencios y zurcidos	80
MALÚ RENGIFO	
El apocalipsis que no fue	86
PEDRO DELGADO	
Échamelo a mí primero	94
NATHALI GÓMEZ	
Una pandemia, dos ciudades	100
GUSTAVO MÉRIDA	
El zamuro	107
FRANCIS COVA	
Familia: ¿qué puede salir mal?	116
MARLON ZAMBRANO	
El milagro del pan	120
TATUM GOIS	
Convivir con el miedo es lo más difícil	127
JESSICA DOS SANTOS	
En mis propias carnes	131
GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN	
Un café en el fin del mundo	139
GALERÍA	

Prólogo

La crónica como cura

Todas las crónicas contenidas en esta obra son sobre la pandemia. Pero este no es un libro repetitivo y eso tenemos que agradecerseles a las autoras y los autores, a quienes seleccionaron los trabajos y, sobre todo, a la crónica misma, que es un género muy noble en eso de dejarse poner el sello personal de quien la escribe.

Así, las lectoras y los lectores que recorran estas páginas se sumergirán en una multiplicidad de visiones sobre el mismo tema: testimoniales y contemplativas; utópicas y distópicas; optimistas y no tan optimistas; domésticas y filosóficas; íntimas y colectivas; humorísticas y sociológicas.

La variedad tiene que ver, naturalmente, con el estilo de cada autora o autor. Pero también con el lugar ontológico desde donde la escribió: la enfermedad, la incertidumbre, el miedo, la fantasía, la militancia política, la intimidad, la fe, el aburrimiento.

Y es que la crónica tiene esa característica tan suya de que puede hacerse sin receta, al buen saber y entender de cada quien, rasgo que la pone a mucha distancia de otros géneros periodísticos, sobre todo de esos que antes vivían bajo la tiranía de la pirámide invertida y ahora obedecen a las dictatoriales fórmulas del SEO.

En la crónica –y este libro lo demuestra– cada ser cuenta los acontecimientos a su manera, a partir del punto donde se encuentra

en ese momento específico de su vida y con el fardo de su propia historia y de su propia cotidianidad tirándole de los hombros.

Otro valor agregado de este racimo de relatos es el conjunto de las recomendaciones bibliográficas implícitas. Los libros mencionados por los cronistas son, en sí mismos, un menú digno de tener en cuenta por cualquiera que desee ahondar en el conflicto salud-enfermedad, una de las grandes dicotomías en las que el ser humano se ve envuelto a lo largo de su vida y que, en trances como el generado por el covid-19, se convierte en un dilema también pandémico.

En la crónica entran en juego diversos recursos discursivos, tipologías textuales, giros lingüísticos, tonos. En el abanico de relatos recopilado acá puede apreciarse esa heterogeneidad. Hay historias predominantemente narrativas o descriptivas; las hay coloquiales y formales; inclinadas hacia el diálogo o hacia los contenidos expositivos; más periodísticas o más literarias. Para todos los gustos, como se dice.

En lo que todas ellas confluyen es en que aportan un trazo o un color a este gran mural escrito en el que se muestra cómo se está experimentando la temible covid-19 en nuestra ciudad y nuestro país, tan abrumado por tantas otras calamidades. Cumpliendo uno de los atributos por excelencia de la crónica, los textos aquí reunidos son un álbum de los tiempos que corren, son historia viva, es decir, que si bien tienen una utilidad ahora mismo, en el presente, en caliente, están destinadas también a quedar como un registro para tiempos futuros, esos en los que esperamos que 2020 solo sea

un oscuro recuerdo.

En su conjugación presente, los materiales que forman esta obra ya han logrado una de las aspiraciones de todo cronista: que quien lea se sienta identificado con su testimonio. Las autoras y los autores tienen un gran apoyo en este caso en el hecho de que la pandemia nos concierne a todos. No es un tema de esos que solo interese a unos pocos, sino que ha invadido la vida entera del planeta, un invitado impertinente y criminal que se ha metido o quiere meterse en cada una de nuestras casas, en cada uno de nuestros cuerpos. Cuando sean leídas en el futuro, estas crónicas pandémicas servirán para recordar o para conocer el espíritu epocal que forzosamente hemos tenido que asumir en este año inesperado y confuso. La mentalidad sobrevenida con el azote de esta enfermedad, los estados de ánimo colectivos, las nuevas costumbres son parte de lo narrado y descrito.

A primera vista, podría parecer un libro de horror, de esos que no pueden leerse de noche porque quitan el sueño. Pero aquí aparece, una vez más, eso que Earle Herrera (uno de los autores, por cierto) denominó “la magia de la crónica”: la cualidad inmanente de este género para transmitir sensaciones y sentimientos con manifiesta empatía y, en muchos casos, con amenidad y humor. La crónica cuenta la dura realidad, se pronuncia sobre ella y, al hacerlo, en alguna medida ayuda a sanarla.

En el campo específico del periodismo, esta pandemia global –de un alcance que no se había visto en cien años– lo ha remecido todo: a los viejos y a los nuevos medios; a los viejos y a los nuevos

comunicadores; a los viejos y a los nuevos géneros. Entre estos últimos destaca la crónica, uno de los más antiguos y, aunque parezca un contrasentido, el más pertinente para circunstancias como las que estamos transitando, un género hecho a la medida de procesos prolongados en el tiempo y muy intensos, como lo han sido las guerras, las conquistas de territorio, las campañas políticas, y como lo es, sin duda, la huracanada presencia del coronavirus.

En medio de la desesperación, la impaciencia, la rabia y la tristeza que la enfermedad ha generado en todas y todos, no faltará quien opine que recopilar crónicas pandémicas es un acto casi sádico. Es necesario ser comprensivos con quienes así piensen. Resulta lógico, hasta cierto punto, que se considere secundaria y hasta impertinente la labor del cronista en un contexto en el que lo urgente es hacerle frente a la enfermedad, mientras puede parecer ocioso escribir acerca de ella.

Paradójicamente, las autoras y los autores de este libro demuestran que en las letras puede hallarse una forma igualmente valiente de combate con el virus y que en el acto de compartir las vivencias de esta emergencia sanitaria también hay algo de curación y hasta de vacuna.

Candelaria, 1° de noviembre de 2020



Clodovaldo Hernández

CARACAS

pandémica





FOTOGRAFÍA JACOBO MÉNDEZ

El poco tránsito peatonal y vehicular en la avenida Bolívar sorprendió a muchos capitalinos.



Earle Herrera

Nací dos horas después del asesinato de Lola, en El Tigrito, Anzoátegui, el 23 de abril de 1949. Ese día fue declarado Internacional del Libro y del Idioma, no por mí, sino por dos señores apellidados Cervantes y Shakespeare. Sus astros me rozaron. Tuve un abuelo arriero, Torcuato Silva, que me enseñó el arte de la copla, y una madre sindicalista, Ana Silva, a quien redactaba discursos antipatronales. Así dormí entre verso y prosa. La poesía me la trajeron el morichal y la brisa.

Un virus que es puro cuento

Earle Herrera

Yo tenía 10 años cuando la pandemia del coronavirus dejó desierta a la ciudad. Y muda. Y en silencio. Entonces los animales silvestres empezaron a bajar de la montaña y a internarse en calles y avenidas y a detenerse con curiosidad frente a los semáforos, también confundidos por no tener autos, ni bicicletas, ni motos a los que guiar con sus órdenes cromáticas, ahora sin sentido.

Han pasado siete décadas desde el día en que los presidentes de todos los países de la Tierra se reunieron en la Asamblea General de las Naciones Unidas y declararon derrotada la enfermedad llamada covid-19. Nueva York, la ciudad más castigada por la pandemia, en lugar de estallar en aplausos, expelió un largo suspiro digno de la megalópolis, como un eterno “My way” de Frank Sinatra.

–Declaramos a la Tierra libre del covid-19 –proclamaron con la mano en alto los mandatarios del convaleciente planeta, ante todas las banderas de todos los países del mundo. El osito Misha volvió a soltar su lágrima ecuménica como aquel lejano día de la clausura de los Juegos Olímpicos de Moscú 1980.



Hace 70 años, en el remoto 2020, el mundo se detuvo, pero nadie se bajó, como solía pedirlo una niña rebelde llamada Mafalda. Bueno, después su papá, el señor Quino, dijo que ella nunca dijo eso porque Mafalda quería cambiar el mundo, no abandonarlo, pero así se quedó”

Incomprensibles, contradictorios, muchos padres bautizaron a sus recién nacidos con el nombre de covid-19 o simplemente covid. En la ciudad llamada Maracaibo consagraron a unos morochitos –varón y hembra– como Coronaviro de la Concepción y Coronavira de la Providencia. Hubo ciudades y diócesis que prohibieron ponerle ese nombre a niño alguno, pero la gente olvida rápido y, con el tiempo, no sabe si honra o castiga, condena o rinde homenaje con los nombres que da a sus descendientes. Yo, por ejemplo, me llamo Sputnik, nombre que casi frustra mis estudios primarios porque vivía peleando con los que decían que tenía nombre de vacuna y los que me llamaban “satélite artificial”. Menos mal que cuando llegó la pandemia, hacía años que el celular gobernaba nuestras vidas. El teléfono móvil nos había preparado para estar en el mismo lugar –casa, sala, cuarto, sofá,

cama– durante mucho tiempo, sin hablarnos. Fue un entrenamiento inconsciente, fortuito y providencial. Así que al principio de la cuarentena indefinida cada quien se hundió en sí mismo en su aparatico, sin mayores problemas ni estreses. Los adultos ya estaban acostumbrados a que les habláramos sin levantar la vista –bendición mami– ni mirarlos de frente –bendición papá– o sencillamente que los ignoráramos, teniéndolos al lado. También ellos se estaban digitalizando poco a poco.

Pero bajo las pestes todo es cambiante: los estados de ánimo, los antojos, los deseos, las ganas y desganas. Llegado un momento, nos provocaba hablar con la familia, como en esos viejos tiempos que nos contaban los abuelos, pero entonces el virus se vengaba y nos imponía hacerlo por lo menos a dos metros de distancia y con el tapaboca que impedía ver el movimiento de los labios y los gestos que expresan las emociones como no lo pueden hacer las palabras. Los cuentos con mascarillas salen distintos, les falta algo, yo no sé qué. Así el covid-19 se vengaba del celular y en eso se pasaban los días, las semanas, los meses.

Hace 70 años, en el remoto 2020, el mundo se detuvo, pero nadie se bajó, como solía pedirlo una niña rebelde llamada Mafalda. Bueno, después su papá, el señor Quino, dijo que ella nunca dijo eso porque Mafalda quería cambiar el mundo, no abandonarlo, pero así se quedó. Ese repentino parón del planeta fue algo distinto a lo que un japonés llamó el fin de la historia, pues esta siguió su curso como todo lo creado por la humanidad, aunque sacu-

dida por la peste. De haber llegado a su destino último –digo, la historia–, yo no estuviera contando este cuento que no es cuento porque yo lo viví, nadie me lo contó.

Muchos jóvenes no pueden creer que un virus haya matado a tanta gente y enfermado a toda la Tierra cuando hoy, en 2090, la ciencia cura cualquier cosa en un dos por tres. Al escuchar a sus abuelas, las chicas las miran como a criaturas prehistóricas, aunque estén por asomarse al siglo XXII. Rien tanto más cuando los abuelos se defienden y les dicen que tampoco estaban tan atrasados y que ya existía la medicina nuclear. Este pataleo senil no hace más que aumentar sus carcajadas, como si les hicieran cosquillas.

–Ay, abuela, ¿cómo es que se llamaba el bichito, el virus ese?

–Sars-CoV-2 y la enfermedad que provocó se llamó Covid-19 –y no se burlen que puede mutar.

–Ay, abuela, ¿también es un mutante el tal covid-19? Si es un virus inteligente tendrá buen cuidado de no aparecerse por aquí. Siga su historia, abuelita, ajá, se pararon las clases, se pararon las fábricas, se pararon los juegos, se paró el amor. ¿Y cómo llegamos aquí entonces? ¿Escapamos de la Tierra? ¿O nos bajamos del mundo, como decía la pana Mafalda?

–Mira –regañó la abuela–, hasta cierto punto, eso fue lo que hicimos: nos bajamos del mundo. Por lo menos, del mundo en que vivíamos hasta entonces. Reaprendimos a conversar, a reunirnos en familia, a apreciar la amistad, a hablar con los vecinos, a cui-

dar el planeta, a compartirlo con las plantas y los animales. Tomamos el control de los aparatos que nos controlaban: celulares, ordenadores, video-juegos y cuanto cachivache habíamos inventado. Otra vez descubrimos el placer de escribir historias, inventar otros mundos y de contar y oír cuentos, como este que empezó hace 70 años y que ustedes están leyendo.

–Oye, qué fino, esto es lo mejor, somos un cuento y nos estamos leyendo.

–Sí, señoritos, somos un cuento, pero no nos estamos leyendo. Nos estamos escribiendo.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Cualquier lugar es bueno para la lectura, como en el saliente de una casa de la esquina La Pastora.



Ana Cristina Bracho

Nací en Maracaibo, una noche que llovía. Aprendí a escribir a los siete años, mi primera lectura fue Rubén Darío. A los diez años, por culpa de algún maestro, fui una niña que escribía. Amenacé en abandonar mi vocación cuando me inscribí en la Escuela de Derecho. Al parecer ese oficio también me gustó, pero no abandoné el primero. Por eso soy una abogada que escribe. En 2013 publiqué *Versos Incómodos*, con la editorial El perro y la rana, capítulo Zulia, participando en varias obras colectivas hasta que en 2020 aparece *La oscuridad*, un cuento publicado por la editorial Urgente, de Maracaibo.

Los zapatos

Ana Cristina Bracho

El día que empezó esta vaina, yo estaba tomando café. Era un día cualquiera sin demasiados signos de que el mundo se iba a joder. La ciudad estaba llena de gente que zigzagueaba mientras las horas pasaban. Siempre me ha parecido que el tiempo no es más que una oscilación de la luz que da sobre la ventana, así que ese día me había acomodado en el pequeño local de siempre, desde donde veo el sol moverse entre la gente dibujando sombras y claros sobre el piso.

Pagué el café y me fui andando, como todos, sin creer demasiado en aquello. Bajando la calle, agarrando duro la cartera, viendo la gente irse hacia el metro y esquivar las esquinas llenas de basura, esas que apenas recuerdas sientes que te llega ese penetrante olor a orine que han perfumado cinco siglos de borrachos, transeúntes apurados y otros sinvergüenzas. Llegué a mi carro –que siempre dejo absurdamente lejos–, prendió y sonó como un tropel de soldados, como un trueno atravesado, como suele suceder y arranqué.

Pasaba el dial de la radio donde se oían noticias orwellianas.



Disciplinadamente, piso a piso, la gente fue dejando los zapatos afuera. Escogiendo un pedacito del pasillo como zona de entrada, otro como zona de transición y finalmente cerquita de la puerta, a la distancia de un salto, un espacio donde quitarse toda esa vaina con la que se estuvo afuera”

Había en el asombro algo de recuerdo. Muchas películas empezaban con las mismas solemnes declaraciones que hablaban de enfermedades temibles, invisibles, capaces de detenerlo todo menos la muerte. Oyendo aquello recordaba la lapidaria frase que escribió Paul Auster según la cual “la vida se convierte en muerte, y es como si la muerte hubiese sido dueña de la vida durante toda su existencia”. En fin, había abordado esa locomotora que mezcla el miedo con la filosofía que está disponible cada vez que algo nos sorprende.

La normalidad no se inmutó hasta que llegué a casa y me encontré en el ascensor con otros que también estaban entre la incredulidad y el pánico. Cada uno intentó fingir que todo estaba bien pero iba pegando la espalda a las paredes, hablando sin mirar y protegiéndose de recibir una gota que les hiciera luego confirmar

en la carne propia que aquello era cierto.

Los vecinos, los mismos tipos gordos y altos que he visto perseguir con bates si algún desconocido amenaza con llevarse los cauchos o la batería de sus carros, estaban absolutamente desconcertados, buscando cómo protegerse de una gota de saliva porque habían dicho que esa era la nueva arma letal.

La vaina se pasó al comienzo con un gran silencio. La gente pegada de las ventanas informaba con más detalles todos los cotorreos del barrio. El que salió, el que volvió, la que se besó con el novio, el que no se puso el tapaboca, al que se le sale la nariz y comentaban intentando no sonar muy crueles como a aquel vecino, el que es como caroncito, aquella vaina, el nasobuco, barbilla, cubreboca o mascarilla, no le cubre ni los labios.

Pero bueno, el asunto se puso verdaderamente serio cuando fuimos informados que andar con los zapatos puestos podía matarnos. Ya pronto se organizaron todos para advertir que los calzados debían ser dejados en la puerta. Allí, con la alfombrita y la matita muerta, cerca del pegoste que dejó la decoración de Navidad y a la vista de todos. Cada quien debía mirar primero su closet con disciplina y buscar un par de calzados cerrados, a prueba de cloro. Ese que usaría de la puertita pa'fuera, que quedaría castigado –o premiado– pero que si iba pa' la calle no volvía pa'entro.

Disciplinadamente, piso a piso, la gente fue dejando los zapatos afuera. Escogiendo un pedacito del pasillo como zona de entrada, otro como zona de transición y finalmente cerquita de la puerta, a la distancia de un salto, un espacio donde quitarse toda esa vaina

con la que se estuvo afuera.

Pasar por aquellos pasillos dejó en evidencia un montón de confidencias: se supo que la vecina que parecía la más soltera de toda la torre ya no andaba sola; que el hijo de María ya aprendió a andar y que usa unos zapaticos que si usted los ve se muere de la ternura y hasta alguno se enteró que el vecino tiene una pecueca que no lo deja pasar tranquilo cuando pasa su puerta pa'irse a la suya.

Marrones o negros, altos o bajitos, de las marcas más finas o del mercado del Cementerio. Por unos días parecía que todos habían captado las reglas: los zapatos eran un objeto des-domesticado. Ahora sufren el destierro, la diáspora, el extrañamiento, la prohibición de ingresar al domus.

Bueno, pero si esa fuera la cosa pues no sería más que el relato de la adaptabilidad de una comunidad. De esas que se usan para hablar en la televisión de la resiliencia y demás pendejeras que se ponen de moda. La verdadera historia empieza el cuarto día cuando un jodedor confinado en tiempos pandémicos le dio por robarse ¿o esconder? los zapatos que encontró.

El primer grito lo pegaron en el trece. Un bombero que tenía que salir a trabajar disfrazado y todos los santos días. Sus botas pulidas, negras y pesadas no estaban en la puerta de su casa. Había quedado aquel hombre, grande y presto, con su bonito uniforme, su pequeño tapaboca y en medias, pegando gritos por el edificio. Después salió la del diez, esbelta y deportista, negada a aceptar el cautiverio y siguió la alharaca cuando en vez de sus zapatos para

el running se consiguió unas alpargatas de abuela.

Aquel que en su casa invernaba y no se enteraba de los problemas que sufren los vecinos que andan saliendo de casa cerca de las ocho de la madrugada fue sorprendido a la noche por un comunicado redactado con toda solemnidad de la siguiente manera:

“Estimado vecino. Se le agradece a aquel desocupado y jocosos que se ha llevado mis zapatos devolverlos esta noche a su lugar y a aquel que dejó a la vecina trotando en medias por toda la torre, se le informa que esta ya ha puesto al corriente a su marido quien ha decidido conformar una unidad de vigilancia interna por la seguridad de los pies de todos los que salen. Sin embargo, ante semejante dificultad de convivencia, le recomendamos que busque una esquina para que guarde los zapatos en casa mientras nos defendemos de semejantes malvivientes”.

Escrito así con la cursiviencia refinada como se escriben todos los comunicados de condominio a los que siempre se les ve la costurita en alguna palabrita, ya saben, malvivientes, ranchistas mentales y esas cosas...





FOTOGRAFÍA JESÚS ARTEAGA

A las 7 de la mañana comienza Armando a tallar sus esculturas en madera, el golpe del martillo en el formón golpea más fuerte el tímpano de sus vecinos y vecinas.



Jesús Arteaga

Caraqueño, de Catia, chavista, comunicador, hecho después del susto del terremoto del 67 (nacé 9 meses después). En Caracas he vivido tres golpes de Estado, dos insurrecciones populares, participé en la concentración humana más grande de nuestra historia, creo en este ensayo de revolución que a veces avanza dos pasos adelante y uno hacia atrás, otras veces anda como el cangrejo y a ratos a paso de vencedores. Por estas y otras circunstancias soy comunicador, por eso usted está leyendo estas líneas.

Hasta el perro hace su aporte

Jesús Arteaga

El amigo Roberto Malaver compartió anécdotas de cómo ha sobrellevado la cuarentena en su familia y el método utilizado: “Una verdadera división social del trabajo” para garantizar el funcionamiento de su hogar. Eso me hizo reflexionar sobre cómo hemos hecho en mi casa. Comparto vivienda con una hermana y un hermano, pero otra hermana decidió pasar la cuarentena junto a nosotros, lo que suma cuatro personas en menos de 60 metros cuadrados.

Los Arteaga decidimos aplicar un método muy distinto, la distribución del trabajo, de forma organizada. Todos hacemos de todo, cocinar, fregar, limpiar el apartamento, regar las plantas, almacenar agua, en casa cada quien lava y plancha su ropa, de manera que hemos garantizado el funcionamiento óptimo de nuestro hogar.

Las actividades extraordinarias como la elaboración de exquisitos postres y los sabrosos panes sí son hechura exclusiva de mis hermanas, mientras bajar la basura y comprar los insumos son tareas que realizamos los hombres.



En esta cuarentena cada quien ocupa su lugar en el espacio que le corresponde, cada quien hace su aporte según la conocida propuesta de Marx: ‘... de cada quien según su capacidad’, pero esa otra parte que dice: ‘A cada quien según su necesidad’ no se cumple, yo no tengo el silencio y la paz que necesito”.

Otras personas que han hecho lo que parece una excelente distribución, pero no del trabajo sino del tiempo, son mis vecinos y vecinas.

A las 7 de la mañana comienza Armando a tallar sus esculturas en madera, el golpe del martillo en el formón golpea más fuerte el tímpano de sus vecinos y vecinas. Esta actividad suele extenderse hasta las 10 de la mañana, siempre combinada con los gritos de los plataneros: “¡Plátanos para el cambio, plátanoooo!”. Claro, cuando alguien cumple años entonces la jornada comienza a las 6 de la mañana, el frágil silencio es roto con el estruendo del *Cumpleaños* de Tambor Urbano, luego suena el de Emilio Arvelo (nunca el de Serenata Guayanesa), seguidos de unas 10 canciones de las Ni Fu Ni Fa y tipo 8 de la mañana cierran con *Las Mañanitas*.

A las 10 es el primer turno de los “pequeños de la casa”, muchachitos

que echan a la calle porque no los soporta ni la familia y nos los endilgan a quienes queremos un ratito de silencio. Gritos que parecen de pánico, golpes de pelotas, ruidos de carros, de bicicletas, y una amplia gama de “quita paz” que no les nombro porque son demasiados.

Entre las 12:30 y las 2:00 de la tarde hay una pausa que es rota por los malandrines que inician sus “prácticas deportivas” con sus colegas de otros sectores: más gritos, más ruidos de pelotas, muchísimas groserías; cuando el sol se oculta los “muchachos” van a recobrar energías y es el segundo turno de los más chicos. Vuelven los carajitos, mismos ruidos que parecen más fuertes. A eso de las 8 se escucha: “¡Fulaniiiito, sube que es taaarde!”. Una hora después siguen jodiendo, pero cuando los muchachitos escuchan: “Fulaniiiito, suuube que la cena está liiista” desaparecen como por arte de magia y no vuelven hasta el día siguiente.

Ahora es el turno de las letanías, el rumor de las rezanderas que depositan en la fe lo que debería ser asunto terrenal, la prevención del contagio del bendito virus.

Pero la cosa no termina ahí. Los malandrines también toman su segundo turno al bate, al coro de “los muchachos” se suman algunas voces femeninas, chillonas, nasales, que suelen prolongar la tertulia hasta bien entrada la madrugada.

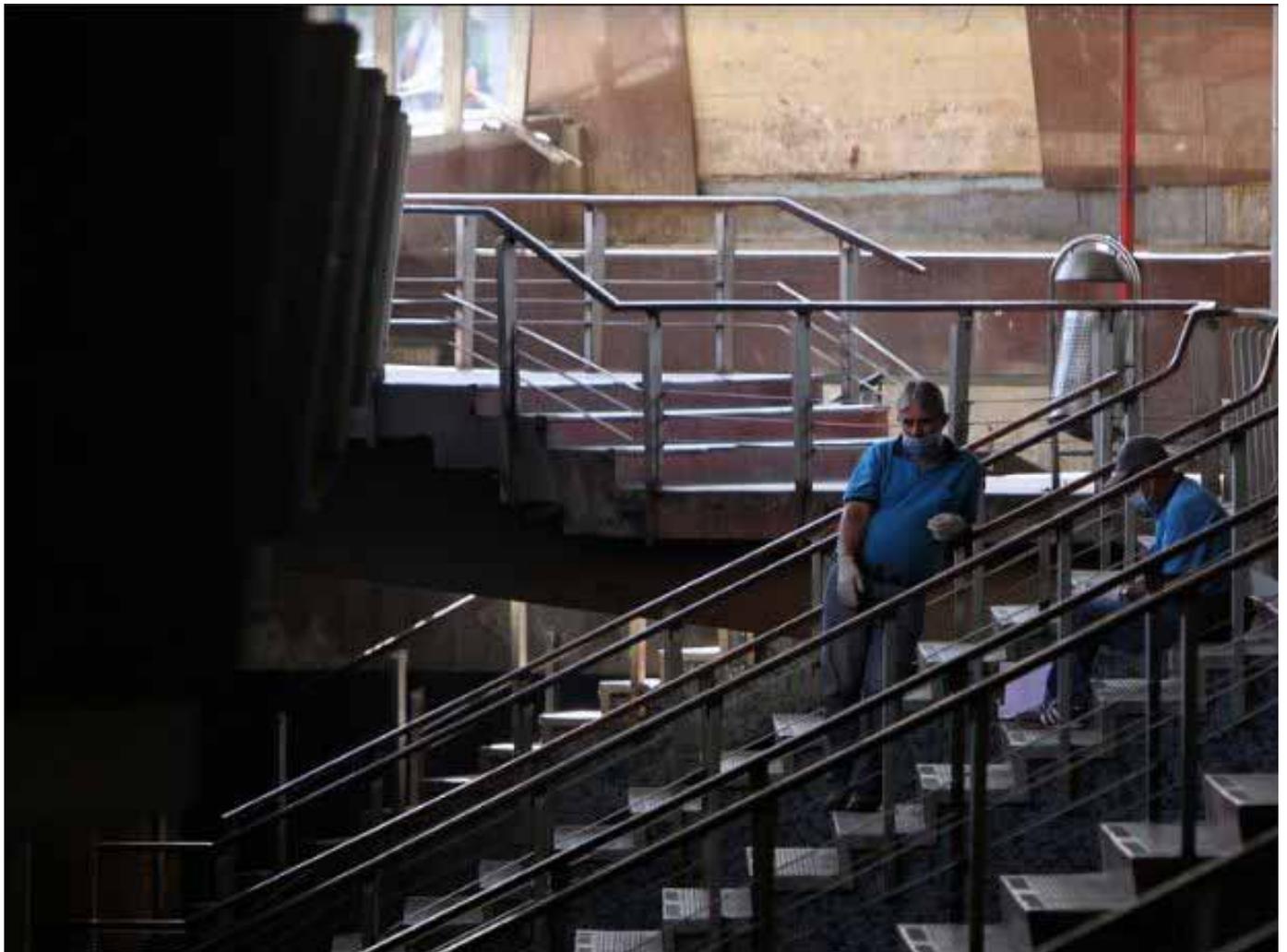
En esta cuarentena cada quien ocupa su lugar en el espacio que le corresponde, cada quien hace su aporte según la conocida propuesta de Marx: “... de cada quien según su capacidad”, pero esa otra parte que dice: “A cada quien según su necesidad” no se

cumple, yo no tengo el silencio y la paz que necesito.

Mención aparte merece Zeus, perro guardián que custodia el CDI que está frente al bloque donde vivo, fiel, cariñoso y muy activo, se parece a Radio Tiempo: ¡No duerme! Ladra toda la noche con intervalos de unos 30 minutos, de manera que cuando logro agarrar el sueño por los cachos, Zeus se encarga de despertarme.

Así transcurren mis “Días y noches de amor y de guerra” durante la cuarentena, les juro que todo lo narrado es cierto, que no son “Falsas, maliciosas ni escandalosas reflexiones de ningún ñángara”.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Autobuseros del terminal Río Tuy esperan a los pasajeros durante el primer día de cuarentena voluntaria, social y colectiva anunciada por el presidente Nicolás Maduro.



Laura Antillano

Nací en 1950, en Caracas, viví allí hasta emigrar al Zulia, y regresé en los setenta a Caracas, emigrando a Carabobo, Caracas siempre por ahí. Estudié Letras, me apasiona contar historias. Creamos el teatro de títeres de la Universidad del Zulia. He publicado novelas, libros de cuentos, poesía, ensayos y crónicas periodísticas, y recibido, entre otros: Premio Nacional de Cultura 2015-2016, Premio de Cuento de *El Nacional*, Premio de Poesía Bienal Pocaterra, Premio de Cuento Julio Garmendia.

De las aventuras de Margarita en pandemia

Laura Antillano

La madre, tía, abuela y bisabuela: Margarita, está por cumplir cien años.

Antes de la pandemia de coronavirus siempre me decía que ella tenía que vivir cien y más para mantener el equilibrio familiar.

Y tiene razón, porque su presencia y, por supuesto su intervención, ha hecho que conflictos entre hermanos, primos, padres e hijos, se arreglen con facilidad con su sola intervención.

Margarita vive en Caurimare, con su hija y su yerno, ah, y su bisnieto, que es el regalo más preciado que dejó mi prima al fallecer (muy tempranamente). Él, Milan, es ahora alumno de primer grado, y con la presencia de Margarita se divierte bastante ese pequeño mago, con quien es: mamá, tía, abuela y bisabuela, ah y también maestra, una gran maestra de todos los niveles de la escuela.

Cuando Margarita se enteró por las noticias radiales y televisivas, y los comentarios de todos, de la existencia de la pandemia de coronavirus, muchas cosas la asombraron, pero no tanto como podía ocurrir con cualquiera de sus hijos, nietos o bisnietos, y es



Las lecturas elegidas por la tía Margarita ya no son exclusivamente para su joven bisnieto sino para toda la familia, se reúnen en función de escuchar y disfrutar desde las historias de Las mil y una noches, hasta los poemas de Vuelta a casa de Ramón Palomares, o Mi padre el inmigrante de Vicente Gerbasi, las Nanás de la cebolla de Miguel Hernández, y Las memorias de Mamá Blanca de Teresa de la Parra”

natural porque a la gente que mucho ha vivido no le asombran tanto los sucesos, que siempre terminan pareciéndose a algo que ya vieron.

Lo primero que hizo ella fue considerar que ahora estaría en casa por más tiempo su pequeño bisnieto, y había que planificar sus rutinas con él como compañero cotidiano, lo que incluiría desde enseñarlo a leer muchas cosas hasta el reparto del desayuno para los pajaritos de paso en la ventana que da al cerro; allí donde también hace las clases de observación a los grillos visitantes, las funciones de cuento con los títeres, y muchas cosas más de las que mucho sabe Margarita. Porque planificar rutinas agradables y novedosas es uno de sus fuertes.

Se había habituado a caminar hasta el parquecito cercano todos los días, y ahora lo hace en el estacionamiento del edificio en las mañanas, con su hija y su yerno. Así se cuentan las vueltas, mientras relatan sus impresiones de los sucesos pequeños de la cotidianidad de cada uno.

Nader es iraní, y sus años en Venezuela le conducen a recordar y relatar, a veces, circunstancias del pasado de infancia y adolescencia, que desconocen su esposa María Teresa, y su suegra. Ellas tienen lo suyo con la hija que vive fuera y acaba de tener un bebé (con otra ciudadanía, a muchos kilómetros de esta orilla del Caribe, allá en el Sur, pero igualmente: con una cotidianidad donde no faltan el tapaboca, los guantes y el uso de las normas de distanciamiento físico al circular en la calle). María Teresa en su tarea artesanal de crear encuadernados, carpetas y libretas con diseños variables, novedosamente atractivos para la venta que produce el sustento familiar, se ha hecho un diario para sí misma, donde escribe las incidencias de este día a día, lleno de palpitations circunstanciales, las que con seguridad pasarán a la historia de la humanidad.

Las ventanas breves a las que llega el sol las decoran filas discontinuas de macetas, donde ahora lucen no solo las flores de estación sino lo necesario para surtir los sabores de lo preparado para el sustento, desde ají dulce a yerbabuena, cúrcuma, ajonjolí, ajo y cebolla. Pero además crecen los conocimientos, como para saber que las hojas de la mata de lechosa sirven para combatir

las inflamaciones, o el llantén detiene las hemorragias, y las ramas de menta en decocción sirven para combatir los malestares de embarazo, y el tallo de perejil calma los dolores menstruales. Un novedoso sistema de comunicaciones digitales proporciona las recetas necesarias, para hacer crecer ese huerto en miniatura, que señala nuevos conocimientos prácticos para la vida cotidiana, y no hubieran sido descubiertos si no fuera por el encierro al cual obliga la pandemia planetaria de este presente inesperado. Las lecturas elegidas por la tía Margarita ya no son exclusivamente para su joven bisnieto sino para toda la familia, se reúnen en función de escuchar y disfrutar desde las historias de *Las mil y una noches*, hasta los poemas de *Vuelta a casa* de Ramón Palomares, o *Mi padre el inmigrante* de Vicente Gerbasi, *las Nanas de la cebolla* de Miguel Hernández, y *Las memorias de Mamá Blanca* de Teresa de la Parra. Y así se pasan los días en esta espera que ha construido tanto nuevo en las vidas de intercambio familiar de muchos, así como sin querer queriendo.





FOTOGRAFÍA YORWUEL PARADA

Mientras toma su baño jugamos con palabras, nombrando objetos y cantando para estimular el lenguaje.



Yorwuel Parada

Licenciado en Educación mención Desarrollo Cultural, por la Misión Cultura. Nacido en el estado Carabobo. Hijo de padre yaracuyano y madre de Bucaramanga, Colombia. Formado en Cuba en la primera avanzada del Frente Francisco de Miranda.

Mis andanzas por la Revolución Bolivariana comenzaron a los 22 años en el estado Yaracuy haciendo trabajo comunitario en el Ateneo de Marín. Pasé por Infocentro enseñando procesos formativos para el uso de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) a las comunidades.

Hoy me encuentro en la Fundación para la Comunicación Popular CCS, coordinando redes sociales.

Felipe

Yorwuel Parada

Cuando escribo estas letras lo hago desde uno de los hoteles destinados para el aislamiento de personas con covid-19. Hoy cumplimos 16 días, esposa, suegra, un bebé llamado Felipe, que cumplió 17 meses estando aquí aislado, y yo, su padre. Ya pasamos el tratamiento y estamos a la espera de los resultados del PCR.

El tema que quiero compartir no son los síntomas del covid-19, el tipo de comida o los medicamentos. Quisiera socializar la experiencia que hemos tenido que asumir, en un cuarto de 40 m², para convivir con alguien que está en pleno desarrollo de sus cualidades cognitivas como ser humano.

Aunque nosotros detuvimos nuestras actividades laborales, el desarrollo biológico de Felipe sigue avanzando, no se detiene, y hemos ingeniado alternativas para su día a día, aprovechando al máximo la creatividad y los pocos recursos con los que podemos contar en un espacio como la fría habitación de un hotel.

Felipe se despierta a las ocho todos los días, hace una siesta de dos horas a mediodía y se acuesta nuevamente a las 10 pm; son alrededor de 12 horas diarias en las que demanda mucha atención.



La cuarentena ha sido para nosotros una gran ventaja, nos ha permitido estar más tiempo con él, dedicarle atención, compartir cada momento en el que descubre o aprende algo nuevo, es muy satisfactorio ver sus gestos cuando prueba un nuevo sabor, cuando pronuncia sus primeras palabras, como está ocurriendo en este momento que dice, teta, tete, tata, va, cala”

Seríamos muy irrespetuosos con su crecimiento de no atenderlo.

¿Qué usamos como material pedagógico?

Al llegar aquí fueron muy pocos los materiales que pudimos traer, solo una maraquita y un juguete pequeño, hemos aprovechado el papel de las envolturas de las arepas y panes de los desayunos y cenas; este es muy útil para rasgar, hacer papelillos y garabatear. El espacio de la habitación, para correr, caminar y para halar objetos con el apoyo de una sábana. Los closets para jugar al escondite o simular que es una casa, donde Felipe abre y cierra las puertas al tocarle y decirle: “Bueenass, Felipe ¿estás ahí?”. Mientras toma su baño jugamos con palabras, nombrando objetos

y cantando para estimular el lenguaje. Ver por las ventanas e ir nombrando y contando carros, personas, colores, casas, aves, perros, árboles, lluvia, estrella, sol.

Jugar a la casita con una sábana o cobija sobre la cama o el piso es un espacio mágico que se crea, y donde el niño pasa un rato hablando, escuchando un cuento o girando de un lado al otro, levantando un poco las orillas para ver qué o quién está afuera y sonreír muy afablemente.

Hemos aprovechado cualquier pote plástico para ejercicios de psicomotricidad fina: enroscar, desenroscar las tapas, meter papelititos u objetos como piedritas o lapiceros dentro, y luego agitarlos para que hagan ruido.

Jugar al escondite en los rincones, debajo de la cama, el closet, cuando no logra encontrarnos decimos alguna palabra o sonido para que pueda ubicarnos.

En algún momento del día jugamos a la asociación de palabras a objetos y acciones, como por ejemplo tomar y ponernos el tapaboca, ya él sabe que vamos a salir del cuarto o que viene alguien a tocar la puerta... Muchas veces lo busca para que nos lo pongamos.

Pintura

Dentro de todo, lo único que pudimos adquirir fue un kit de témperas, esto es mágico para Felipe, cada 2 días hacemos pintacaritas y jugamos a hacer rayas en el piso con sus dedos, muchas veces se deja libremente para que él juegue a plenitud con las pinturas.

Imitación de conductas

El clásico de todas las imitaciones es observar detalladamente todo durante la visita médica, auscultación, toma de tensión, uso del saturómetro; como su madre es médico integral comunitario tiene su propio estetoscopio, entonces en algún momento del día lo toma y hace lo mismo que hacen los médicos diariamente.

Olores, texturas y sabores

Hace unos días nos trajeron papa, yuca, ocumo, zanahoria, guayaba, mango, cambures, limón y aliños verdes. Fue muy interesante ver ese primer encuentro con esos alimentos, como él hace uso de la boca con mucha frecuencia fue una a una tomándolas y mordiéndolas, jeje, algunas le parecían muy extrañas, otras como la guayaba una nueva sensación que le gustó y eligió para comer. Vamos diciéndole en voz alta el nombre de la fruta u hortaliza, mientras exploramos la forma, textura, olor y sabor.

La música

Felipe tiene una selección de canciones infantiles que poco a poco he ido recopilando en una tablet, cada día le presentamos una nueva canción, ahora vemos que alguna música electrónica le ha gustado y también la tiene en su repertorio para cantar, bailar y saltar.

Así ha transcurrido nuestro aislamiento preventivo, cada día es siempre una oportunidad para hacer que Felipe pueda seguir

creciendo y desarrollando sus habilidades. Ni el espacio ni los objetos pueden ser una limitación para ejercer con prontitud distintos ejercicios pedagógicos que como padres nos corresponde asumir.

La cuarentena ha sido para nosotros una gran ventaja, nos ha permitido estar más tiempo con él, dedicarle atención, compartir cada momento en el que descubre o aprende algo nuevo, es muy satisfactorio ver sus gestos cuando prueba un nuevo sabor, cuando pronuncia sus primeras palabras, como está ocurriendo en este momento que dice, teta, tete, tata, va, cala.

Un abrazo a todos. Me voy, ya viene el paseo de Felipe por los pasillos y escaleras, que le ayudarán a fortalecer sus pasos y mejorar su andar.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

A pesar de la lluvia y el coronavirus fueron pocas las veces que no hubo personas por las esquinas de Gradillas a San Jacinto.



Mercedes Chacín

Caraqueña de Altagracia de Orituco. Periodista por la UCV y profesora de la UBV, amiga y familiar, dulce y amarga, rizada y lisa, enemiga de las lisonjas, hija de Victoria y Rigoberto, mamá de María Victoria, enamorada de Venezuela por eso agarrar carretera me da energía y, encima, te enseña a mirar de lejos. Ahorita al frente de una fundación que dice y comunica cosas, que opina y pondera, que cuenta a Caracas y a su gente en publicaciones impresas, porque es necesario preservar la memoria histórica en papel y tinta.

Vivir para contarla desde un jardín

Mercedes Chacín

“Era domingo. Chance estaba en el jardín. Se movía con lentitud, arrastrando la manguera verde de uno a otro sendero mientras observaba atentamente el fluir del agua. Delicadamente fue regando cada planta, cada flor, cada rama del jardín. Las plantas eran como las personas: tenían necesidad de cuidados para vivir, para sobreponerse a las enfermedades, y para morir en paz”.

Así comienza la novela *Desde el jardín* del escritor polaco Jerzy Kosinski. La novela se hizo famosa porque el protagonista, Chance, vivía su vida a través de lo que veía en una pantalla de televisión. Gracias a eso Chance llegó a interactuar con gente muy poderosa, incluyendo al presidente de Estados Unidos.

Recordé mucho esa historia desde que empezó la mía. El inicio fue el 4 de agosto de 2020 con un termómetro comprado de emergencia en una farmacia de las normales en la avenida Lecuna de Caracas. Un amigo tomó la temperatura dentro del carro, por la cagueta: 38°C. Nunca más ese termómetro, ni otro digital al que pude acceder después, superó los 36°C. Hasta el sol de hoy.

Esa semana la pasé en casa con dolores en los músculos y en los



El domingo 16 de agosto informé mi diagnóstico de asintomática y del otro lado un mensaje de wasap muy claro: es mejor que no te quedes ahí, no es necesario, mejor un hotel. Dije adiós al CDI y a su gente amable y profesional”

huesos. El objetivo fue hacer primero una prueba rápida, esa que sabemos no es definitiva. Me la hicieron en el Centro de Diagnóstico Integral (CDI) El Pinar, de El Paraíso, el viernes 7 de agosto de 2020. Resultado: negativo.

Ese fin de semana mi estado general siguió como al principio: sin tos, sin fiebre, sin cansancio, sin dolor de cabeza, sin diarrea y con dolor en los huesos. El día lunes 10 de agosto me hicieron la PCR, la prueba lenta y definitiva. El miércoles 12 de agosto me dieron el resultado: positivo. Y ahí empezó la jodienda.

El saturómetro

Tengo dos hermanos médicos. Mi hermana, María del Valle, es pediatra. Mi hermano, Lizardo, internista e intensivista. Son buenos doctores. Mi hermano no ha parado de estudiar desde los

años 80. Mi hermana tampoco, aunque ella hizo otras cosas en estos 40 años. Hasta “se metió en la política” porque fue alcaldesa de mi querida Altagracia de Orituco. La mejor.

Como sospecharán, ellos fueron mis médicos a distancia. Como vivo sola, o sin compañía, lo lógico era pasar allí mi aislamiento en tanto mis síntomas eran escasos. Todo iba bien hasta que llegó a mis manos el saturómetro. El viernes 14 y el sábado 15 el bichito marcó 90 y 92%. María y Lizardo se preocuparon, yo me preocupé y preocupé a las autoridades.

Mi destino fue el CDI María Genoveva Guerrero Ramos, ubicado en Montalbán. Llegué a una hora complicada porque estaban atendiendo a unos pacientes con el virus, reanimándolos, pero no hubo forma. Fallecieron dos compatriotas. Llegué a las doce del mediodía a una habitación con tres camas. Todo estaba limpio y con el aire acondicionado a millón. A mi lado había un señor con un gran vozarrón y un hipo crónico. Me imaginaba mi noche a su lado. Tendí mi cama, ubiqué mis pertenencias y a esperar. A las siete de la noche me examinaron y me cambiaron a una sala de cuidados intensivos donde también había un saturómetro, donde lo comparé con el bichito portátil. Un monitor grande no decía 90. Marcaba 95% lo cual es muy bueno. Fue ahí donde me diagnosticó el médico cubano como “asintomática”. Placa de tórax, bien, electrocardiograma bien, saturación en 95. Mientras, el bichito portátil marcaba 90 cada vez que me lo colocaba en

índice derecho o izquierdo.

El domingo 16 de agosto informé mi diagnóstico de asintomática y del otro lado un mensaje de wasap muy claro: es mejor que no te quedes ahí, no es necesario, mejor un hotel. Dije adiós al CDI y a su gente amable y profesional.

Desde el jardín

“Chance entró en la casa y puso en funcionamiento el aparato de televisión. El aparato creaba su propia luz, su propio color, su propio tiempo. No estaba sometido a las leyes físicas que acababan siempre por doblegar a las plantas. Todo en la pantalla aparecía en forma confusa y entremezclada, pero al mismo tiempo suavizada: el día y la noche, lo grande y lo pequeño, lo flexible y lo quebradizo, lo suave y lo áspero, el calor y el frío, lo cercano y lo distante. En ese mundo en colores de la televisión, la jardinería era como el bastón blanco de un ciego”.

Me quedaban por delante al menos 14 días. 8 de tratamiento más los dos del CDI sumaban diez días completos de dos dosis de hidroxiclороquina diarias. El médico cubano (colirio entre tantas nubes) me dio la primera fecha probable de salida: 30 de agosto. Entré en pánico, un día antes de mi cumpleaños 56.

En el *lobby* del hotel me dijeron: agarre esa tarjeta allí, el carrito allí y vaya a la habitación 425. Llegué pero nada funcionaba. Campesina y pelabolas al fin no se me ocurrió que había que meter

la tarjetita en un aparatito. Se me ocurre salir y buscar a un ser humano y suaz, se trancó la puerta. Bajé con mi pijama de pepitas manga larga, parecía un espantapájaros. Me regañaron, pero minutos después estaba de vuelta en la habitación.

En el hotel había televisión y wifi. Es decir, mi teléfono, mi laptop y el televisor estarían activos entreteniéndome. Una ventaja. En 15 días solo “vi” a cuatro hombres que tocaban la puerta para comida, para tratamiento o para botar la basura. Es la realidad del aislamiento.

Vi televisión y la pantalla de la laptop muchas horas de las más de 360 que estuve allí. Vi comedias gringas y francesas que me confirmaron (otra vez) lo patéticas que han sido mis historias de amor. Vi una novela turca (ahora las llaman series) cargada de un machismo irritante y de paisajes hermosos, hombres metrosexuales y mujeres bellísimas. Una superproducción con la cual conocí un poquito Estambul. Desechable.

También vi una serie sueca. Eso me reveló que los problemas de ellos realmente no son problemas. O mejor, problematizan las cosas más sencillas ante la inexistencia de problemas “reales”. Tienen los suecos una terminología nueva para caracterizar a las familias de padres y madres divorciados: hijos extras, mamá extra, papá extra, casa extra, complejidad extra. Conocimiento extra.

Una serie francesa que contaba la historia de los “agentes” de artistas de cine me reconcilió con la Europa progresista e inteligente.

Las mujeres son ahí las fuertes, las geniales, las eficientes, las asertivas, las capaces de enamorarse y con problemas reales que las llevan a visibilizar el sistema patriarcal que nos ha jodido desde siempre. Me hizo reír en el encierro.

Escapé de las películas y series españolas. Y tras ese objetivo me topé con otra serie danesa. Esta sí rompió todos los moldes para visibilizar las luchas feministas y los errores de la “educación formal” que tiene los mismos peos en todos los países. La protagonista es una maestra. Solidaria, sexi, inteligente y divertida.

Revolucionaria.

No fue fácil ver en la programación de la televisión del hotel películas que no fueran violentas. Entre las escenas repetitivas y cansonas de las comedias gringas (una mujer y un hombre hacen el amor, gemidos, imagen cenital de los dos con la sábana sobre las tetas diciendo que fue la mejor tirada de sus vidas) y la realidad de las imágenes de violencia, muerte y desolación de Libia, Siria, Afganistán e Irak, por solo nombrar cuatro de los países destruidos por los gringos en los últimos 20 años, no hay mucho para escoger.

Las metáforas usadas por Chance, el protagonista de la novela de Kosinski cuando salió al exterior, lo convirtieron en un héroe de los medios de comunicación pero también en sospechoso de ser un espía soviético. La irrealdad de la televisión versus la realidad de un jardín. ¿Cuál es realidad y cuál ficción realmente? ¿Podemos

decir a estas alturas que la ficción de las películas no es real? ¿Alguien podría imaginar que un tipo como Trump, un supremacista blanco, llegara a ser presidente del país más poderoso del planeta para sustituir al fascismo de Hitler?

Vivir para contarla

Mi tía Elena y mi tío Simón se casaron jóvenes. Vivieron 54 años juntos. Las fotos de la época, del día de su boda, parecen sacadas de una película de *jolivud*. Él con pinta de galán, ella una rubia elegante con peinado perfecto y sonrisa maravillosa. Tienen un hijo y tres nietos. Los dos fueron contagiados por covid-19. Estuvieron en la misma clínica en Altagracia de Orituco, recuperándose, ambos con problemas de oxigenación en la sangre. La tía fue dada de alta el viernes 21 de agosto. Tío Simón se complicó el día domingo 23 de agosto en la noche y falleció el lunes 24 en la mañana a causa de un tromboembolismo. Así es el virus. Ataca por varios flancos, es traicionero y astuto. Fue un día triste para la familia. Los hermanos Díaz Lara eran diez. Quedan cuatro: mi mamá, la primogénita, sus dos hermanas, Alicia y Zoraida, y Ramón, el bordón.

Formar parte de las estadísticas de una pandemia no es para enorgullecerse. Solo si eres “recuperado”. De resto las cifras son historias de familias contagiadas, dolidas, donde no todos vivimos para contarlo. Me hicieron el hisopado el día 25 de agosto y el alta

llegó el 28.

Agradezco la atención de las autoridades, a los médicos, a las enfermeras y enfermeros, porque fui atendida con eficiencia y solidaridad. No es así la realidad en el mundo, esa realidad que siempre supera la ficción.

Y la ficción que era la vida de Chauncey Gardiner, desde un jardín, desde la televisión, casi lo hace vicepresidente de Estados Unidos. No tenía identificación, ni cuentas bancarias ni educación formal. No existía. ¿Así de estúpidos son los gringos? Pues sí, son los verdaderos expertos en lavar cerebros. Lo terrible es que construyeron una realidad con guiones inhumanos, violentos y fatuos y muchos millones de dólares. En esa superproducción imperial la vida no vale nada.

Todos vuelven

“Todos vuelven a la tierra en que nacieron;/ al embrujo incomparable de su sol./ Todos vuelven al rincón de donde salieron:/ donde acaso floreció más de un amor”, dice una canción del escritor y compositor peruano César Miró que conocí interpretada por Rubén Blades y los Seis del Solar. Volví a celebrar mi cumpleaños 56 a Altigracia de Orituco y un día después terminé esta historia y con ella terminó una temporada de la serie de mi vida.

No hay nada que una rica torta no pueda resolver, pero esta vez se quemó y aun así comerla desanudó sensaciones y alegró corazones.

La cercanía de la familia cura heridas e inyecta una energía inexplicable. La casa de mamá tiene la paz de un remanso y está llena de los recuerdos de mi infancia y adolescencia pueblerina, sin aditivos, sin máscaras y con muñecas de papel.

Todos vuelven y también volverán los abrazos, los apretones, las caricias sin miedo, las sonrisas descubiertas. Ojalá que quienes toman las decisiones en el mundo por la mayoría, pongan al ser humano por encima del billete. Aun sin apagar velas ese fue mi deseo. Sigamos.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Las niñas juegan en la plaza parque Carabobo durante la primera jornada de flexibilización.



Roberto Malaver

Roberto Malaver soy yo. Un tipo que está de acuerdo con las cosas que le pasan. Me pasó estudiar Estudios Internacionales en la UCV, y allí me gradué y estuve de acuerdo conmigo. Estudié también Comunicación Social en la UCV y me gradué y me quedé allí como profesor de Publicidad y me jubilé, y volví a estar de acuerdo conmigo. Escribí en *El Nacional*, en *Ultimas Noticias*, *Ciudad Caracas* y seguí estando de acuerdo conmigo. Me gané el Premio Nacional de Periodismo mención opinión y, como siempre, volví a estar de acuerdo conmigo. Definitivamente, soy el único tipo que está de acuerdo conmigo.

“Platero” y yo

Roberto Malaver

Muchos de los que comenzaron a leer esta crónica seguro pensaron en la novela de Juan Ramón Jiménez, *Platero y yo*, pero ya se dieron cuenta de que no comienza como la novela: Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera que se diría todo de algodón, que no lleva huesos.

Se trata de otra cosa, y ya se van a enterar. Desde que comenzó la cuarentena, por allá por el 15 de marzo y tal, en la casa decidimos dividirnos las tareas. Mis dos chamos: Alekos y Oriana, se quedaron con lavar la cocina –Aleko– y el piso –Oriana–, mi esposa con preparar la comida, y yo con lavar los platos. Lo que se llama una verdadera división social del trabajo. Y así comenzamos.

En lo que va de cuarentena, más de 8 semanas y tal, confieso que perdí la cuenta de los platos, sartenes, cucharas, cucharitas, tenedores, cuchillos, ollas, envases de plástico, vasos, cucharones y otro montón de cosas raras. Todo comienza en el desayuno. Desde el mismo momento en que termino de desayunar, arranco con la tarea. Llego con mi plato al lavaplatos y pienso que la cosa será rápida porque solo llevo mi plato y el tenedor y el cuchillo, pero



Terminas y vuelves a tratar de leer la novela de Hervé Le Corre, pero tienes que esperar un momento para recuperarte, porque como dijo el poeta Pablo Neruda: ‘Nosotros los de entonces ya no somos los mismos’ ”

sorpresa, en el lavaplatos hay un montón de seres de aluminio que durmieron allí anoche, y pareciera que en la madrugada hubo una fiesta que ni te enteraste, porque allí hay platos, cucharas, vasos, tenedores, ollas, cuchillos y tacitas de café y cucharitas para remover el azúcar. Pasas más tiempo lavando platos que desayunando.

Logras terminar con esa tarea y aprovechas para leer la última novela de Hervé Le Corre, *Bajo las llamas*, que de paso es extraordinaria. Y así llega el mediodía y viene el almuerzo. Terminas de almorzar y te acercas con miedo al lavaplatos y ahora lo encuentras más limpio, hay un solo plato que alguien lanzó ahí con la idea de que se lavara automáticamente, pero eso no funciona así, siempre hay alguien que llega y hace el trabajo, y así comienzas a lavar platos y mientras estás en ese trabajo y cuando piensas que

has terminado, ves una mano que se acerca y tira una olla y unos cuchillos. Sigues lavando tranquilamente y llega alguien con las tacitas del café que no se habían terminado de tomar. A veces son tantos los platos que hay que lavar, que Oriana, tu hija, se apiada de ti y te ayuda, mientras uno enjuaga todo eso que está allí, ella va quitándole el jabón y colocando todo en su lugar.

Terminas y vuelves a tratar de leer la novela de Hervé Le Corre, pero tienes que esperar un momento para recuperarte, porque como dijo el poeta Pablo Neruda: “Nosotros los de entonces ya no somos los mismos”. Te recuperas y vuelves a tu lectura, y así, mientras pasa el tiempo llega la hora de la cena. Vas a la mesa un poco tembloroso pensando en la cantidad de platos y sartenes y vasos y tacitas y ollas y cucharas y tenedores y cuchillos, y envases plásticos que deben estar esperando por ti, pero recuerdas que ya todos los habías lavado al mediodía y no hay problema. Terminas de cenar y vas con tu plato y tu cuchillo y tenedor al lavaplatos, siempre de primero, y comienzas la tarea por tercera vez en el día, y van saliendo platos y más platos y cuchillos y tenedores y tacitas y vasos y sartenes y ollas y, al final, casi muerto, vuelves a intentar seguir leyendo la novela *Bajo las llamas*, pero ya no hay fuerzas, te caes rendido, y piensas, *Platero y yo* es una buena novela, pero un trabajo terrible.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

En La Pastora, durante la primera jornada de flexibilización 7+7, los lugares con mayor demanda fueron las barberías y peluquerías.



Andrea Quiñones Rubio

Salí del acuoso y caliente vientre de mi madre, una lluviosa mañana de invierno en junio de 1971, Viña del Mar (Chile). En 1978 me trajeron a Venezuela donde estudié primaria, bachillerato, Gestión Cultural, Gerencia y Producción de artes escénicas y musicales. Me encanta vivir aquí, porque aprendí a ser actriz, directora de teatro, poeta, escritora, gerente y productora de artes escénicas y musicales. Aquí me arriesgué a escribir teatro, relatos y poesía, la denominan erótica o femenina. Mis poemas han sido publicados en las antologías: *100 Mujeres Poetas* (Colombia) y en *Una invitación, un poema* (Chile). Soy productora de la Compañía Nacional de Danza de Venezuela y directora de *ÉpaleCCS*.

El vuelo de mi madre

Andrea Quiñones Rubio

El 15 de marzo, un día antes que en Venezuela se decretara la cuarentena, mi mamá, mi novio y yo llegamos al aeropuerto a las 2:00 pm, cinco horas antes de la salida del vuelo que llevaría a mi madre a pasar tres meses de vacaciones a Chile como regalo de su familia. Fui a estacionar el carro recalentado después de pasar horas en una cola en la vía Caracas-La Guaira. Al llegar a la taquilla de la aerolínea Copa, encuentro a mi madre con las manos en la cabeza y a mi novio desconcertado. Habían suspendido el vuelo a Chile con escala en Panamá. Todos en pánico. A pesar de que otros aviones salían, las personas de esta aerolínea parecían autómatas, respondían a cualquier pregunta: “El Gobierno suspendió las salidas por la cuarentena, por favor comuníquense con el *Call Center*”.

Todos armando peo, qué *Call Center* nada, estábamos ahí extrañados, salían viajes a Miami, a Perú, a Europa, pero ese no. Le explicamos al personal todo el procedimiento correcto que se había realizado para viajar, pero la respuesta era: “El Gobierno suspendió las salidas por la cuarentena, por favor comuníquense con



Nos llenamos de días con solo noticias del coronavirus. Apenas teníamos un solo caso y mamá empezó a recordar a la señora de New York en el aeropuerto, que no usamos guantes, que nos habíamos quitado la mascarilla para hablar, que no habíamos desinfectado las zonas que se tocaron, sillas, etc., y entramos en pánico”

el *Call Center*”. Nos enteramos por los mismos pasajeros y el personal que el vuelo de las 7:00 am salió a las 11:00 am, entonces pensando en que podían abrir un vuelo los pasajeros hicieron la lista de espera y al entregarla la encargada fue un poco más humana al decir: “La recibiré pero no indica que abran el vuelo, ni que la lista de espera sirva de algo. Entienda, el Gobierno suspendió las salidas, por favor comuníquense con el *Call Center*”.

Mi mamá, mujer de 72 años, dijo: “De aquí no me mueve nadie hasta que salga mi avión”. En esa espera, se puso a hablar con todo el mundo, cada persona con su propio drama. Mi novio, preso del estrés porque se había venido desde Maturín a pasar lo que le llamamos una luna de miel planeada desde diciembre, con mis vacaciones incorporadas y una estadía sin mi madre y justo no

hay vuelo. Además, mi madre y yo que no sabíamos qué hacer, qué decidir, no dejábamos que él opinara en el tema, así que se fue a pasear por las afueras del aeropuerto. Yo, en mi histeria, caminé mil veces el aeropuerto por dentro, veía las salidas, las llegadas en las pizarras electrónicas y no podía entender cómo habían cancelado el vuelo de mi madre.

Ya eran las 9:00 pm, mientras mi mamá hacía amistad con una señora que viajaría con ella hasta Panamá, una venezolana radicada en New York que tenía a su hermano aquí en Venezuela, se acercó un guardia nacional y les dice: “Señoras por favor, deber retirarse del aeropuerto. A partir de mañana no habrá paso de aquí a Caracas porque hay cuarentena”. Devastada le dije a mi madre: “Es hora de rendirnos”, que mejor nos íbamos, ¿qué haríamos ahí en plena pandemia?, la aerolínea con los vuelos inactivos echándole la culpa al Gobierno. Tomamos la maleta, ya embalada y después busqué por más de media hora a mi novio que no tenía teléfono, y estaba perdido por la soledad de la carretera que une el aeropuerto nacional con el internacional. Creo que él ya sabía la historia que le esperaba y se había ido a averiguar si estaban saliendo vuelos a Maturín, para regresar a su casa.

Habíamos realizado todo lo humanamente necesario e innecesario desde noviembre del 2019 para que mi mamá viajara. Vía crucis en el Saime de Los Ruices en noviembre (nunca nos atendieron), luego al de Santa Mónica y allí resolvieron hacer un permiso de viaje. Luego hacer el viaje al Oriente del país a la casa de mi

madre, hacer la maleta, ir a la oficina de la aerolínea en El Rosal y asegurarse que todo estuviera en orden para viajar. En medio de los monólogos de mi madre, el mío y el silencio de mi novio, transcurría la cola de La Guaira–Caracas y el carro comenzó a recalentarse. Afortunadamente había una estación de gasolina cerca, ya el radiador no tenía agua y el motor había botado el aceite. Esperamos que se enfriara, mi madre insistía que lo mejor era lo que pasó, quizás se iba a caer el avión, o quedaría varada en Panamá, quizás no la dejarían entrar a Chile, que si se contagiaba en el vuelo, que seguramente esos aviones no estaban ni desinfectados y el realero que nos habían estafado en el aeropuerto los tipos que envuelven de plástico las maletas porque ellos sabían que ese vuelo no salía.

Volví a echarle aceite al carro, lo había botado todo y así nos fuimos esa noche, rogando llegar a Caracas. Fue un milagro, logramos hasta estacionar en casa después de correr el riesgo de habernos quedado accidentados en la carretera en la noche y sin nada en la cartera para pagar una grúa, con hambre, sueño, cansancio, pero también con tristeza, arrechera e impotencia. Nos quitamos la ropa, nos bañamos, desinfectamos, prendimos la tele y mientras hacíamos la cena en medio de los lamentos de mi madre y los míos empezamos la paranoia.

Nos llenamos de días con solo noticias del coronavirus. Apenas teníamos un solo caso en el país y mamá empezó a recordar a la señora de New York en el aeropuerto, que no usamos guantes, que nos

habíamos quitado la mascarilla para hablar, que no habíamos desinfectado las zonas que se tocaron, sillas, etcétera, y entramos en pánico. Hice los enlaces pertinentes para notificar que éramos tres personas que posiblemente estábamos contagiadas de coronavirus para que nos hicieran las pruebas diagnósticas. A medida que nos enterábamos de los síntomas, más los sentíamos. Los tres teníamos dolor de cabeza, tos seca, dolor de pecho, de garganta, no sentíamos olores, ni sabores, nos dolía todo. En nuestra paranoia hablábamos de qué sería de nuestras vidas con un virus, que si tenía cura, que quién o cómo nos contagiáramos, que por qué esto, por qué aquello. Veíamos todos los videos por internet. Nos llenamos de preguntas sin respuestas, nuestras elucubraciones estaban a la orden del día. Yo estaba a punto de un colapso nervioso con una madre obsesiva-compulsiva con la limpieza y un novio que no le para a nada. Las discusiones estaban a la orden del día. Nada era como la luna de miel que habíamos soñado. En el momento más álgido de la locura una amiga me llamó y me dijo: “Ya van a buscarlos”.

Este sería lo que llamaría mi primer acercamiento con el coronavirus. En horas de la noche llegó a nuestra casa una comisión de la Alcaldía, venían vestidos de trajes parecidos al del Apolo 11. Las instrucciones eran: todo el mundo para la sala, tres médicos haciendo preguntas, un equipo desinfectó la casa completa mientras nos llevaban a mi madre, mi novio, una compañera periodista de una televisora y a mí para que nos hicieran los exámenes. Nos

vistieron como astronautas y nos sentíamos que íbamos en una nave espacial rumbo a la Luna cuando realmente nos llevaban en una ambulancia, mientras comentábamos que por fin seríamos atendidos, saldríamos de nuestras dudas, buenísimo que hasta habían desinfectado la casa.

Apenas llevábamos unos 15 días desde que se había decretado cuarentena en nuestro país, estábamos en el proceso de inventar o errar. Eran como las 9 o 10 de la noche cuando llegamos al hospital de Lídice con una comitiva en la puerta, vestidos de astronautas. Todo impecable, parecía una estación espacial. Llegamos repitiendo la historia mil veces a quien tuviéramos al frente, la gente se apartaba a nuestro ingreso, no nos dábamos cuenta del peligro que representábamos para el personal que laboraba en el hospital. El que estaba en el mesón de recepción y apenas se le veía la cara, nos preguntó las edades, qué hacíamos, los síntomas, dónde trabajábamos, qué enfermedades teníamos. Nuestra amiga periodista contaba el riesgo de contagio en su trabajo, mi mamá y sus enfermedades crónicas, yo de nuevo con el cuentico del aeropuerto y mi novio: que él venía de Maturín y que allá no había nada de esa vaina.

Recuerdo que hacía un frío infernal al punto que no podíamos casi sentarnos en las sillas de metal, además pensábamos que podían estar infectadas. Como veíamos que el doctor nada que se movía, le preguntamos que si no nos iban a atender y nos dijo: “Tengan paciencia, que posiblemente no les harán los exámenes

de coronavirus porque esos se hacen en la mañana, en el IVIC”. Pánico de nuevo, nos preguntábamos qué tenía que ver eso con los exámenes, que de eso era responsable el Ministerio de Salud, que el doctor preguntaba y preguntaba y no anotaba. A los quince minutos lo vemos pasando colete y nos dice: “En un ratico los atiende el doctor, yo soy el de mantenimiento”.

Atendidas por un grupo de verdaderos doctores constatamos que el IVIC no pintaba ninguna vela en ese entierro y que igual no podían hacernos los exámenes a esa hora. Nos plantearon dos alternativas: nos hospitalizaban o nos íbamos a casa a esperar que nuevamente nos buscaran. No aceptamos ni una, ni la otra. Llamadas por aquí, llamadas por allá, al final se resolvió que la Alcaldía nos llevara a un CDI en Santa Rosalía a hacernos los exámenes.

A la 3:00 am nos encontrábamos a la espera de las pruebas de sangre y el resultado fue negativo. En retrospectiva, nos dimos cuenta que mi mamá siempre tenía tos seca porque sufre del síndrome de Sjögren, yo porque soy asmática, los dolores de cabeza porque somos migrañosas y mi novio no tenía síntomas de gripe, es hipocondríaco. Al final mi novio no aguantó la pela, después de dos meses regresó a Maturín. Mientras, mi madre aún espera materializar su vuelo a Chile, mi novio y yo hablamos por wasap cuadrando la tan anhelada luna de miel.





FOTOGRAFÍA JAVIER CAMPOS

La impelable oferta del plátano maduro, no se rinde ante pandemia alguna. Tanto se adapta “el amarillo” a esta nueva normalidad que hasta se vende en divisas.



Armando Carías

La primera vez que me tocó registrarme en un hotel, en una de las salidas con mi grupo de teatro, al llenar el renglón que decía “profesión u oficio”, dudé si poner “artista”, “director” o “teatrero”. Yo no sabía cuál era mi oficio y mucho menos mi profesión.

Algo parecido me sucede cuando me solicitan escribir una reseña curricular.

¿Periodista?, ¿humorista?, ¿dramaturgo?, ¿comunicador social?, ¿escritor?, ¿profesor?, ¿todero?

¿Qué soy yo?

Como me pidieron que no escribiera más de quinientos caracteres con espacio, la respuesta a esa pregunta queda pendiente.

Experiencia psicotomimética en la cola de la gasolina

Armando Carías

He tenido diversas experiencias alucinantes a lo largo de mi vida: en los años sesenta del siglo pasado, cuando todos los chamos de mi generación delirábamos con Jimmy Hendrix y Janis Joplin, estuve en el Festival de Los Cocos en Caraballeda, participé en las llamadas “mermeladas” que “el Capy” programaba en el Teatro Caracas, me vacilé *Las fresas de la amargura* y los tres días de “paz, música y amor que prometía Woodstock”, formé parte de los miles de jóvenes que asistieron al famoso concierto del Parque del Este en el que los sostenes volaron y hasta llegué al extremo de viajar a Mérida en “auto stop” en busca de los hongos que se daban en San Javier del Valle; pero, lo confieso, ninguna experiencia tan ácida y psicodélica como la que me tripié este pandémico, bloqueado y sancionado 2020, durante las treinta horas de cola que me tocó hacer para inyectarle una dosis de gasolina iraní a mi carro.

Todo comenzó el jueves 17 de septiembre a las cinco de la mañana, cuando estacioné mi vehículo en el Paseo Los Ilustres, a medio camino entre Las Tres Gracias y la entrada del Clínico, a patica de mingo de la UCV.



Lo bonito del momento, además del encanto de una ciudad que ni en las circunstancias más difíciles nos priva de sus escandalosas guacamayas y de sus espectaculares amaneceres, es que a esas alturas del día que comenzaba, mi ingenuidad de primerizo en estos menesteres me indicaba que, cuando mucho, me tardaría medio día en llegar a la bomba y a las doce estaría en casita almorzando”.

Como lo dicta la regla del madrugador caraqueño, el primer paso de todo el que se aventura a salir de su casa a esa hora es cantar la zona al llegar: un rápido *zoom in* hasta la plaza Los Símbolos con suave paneo por la larga fila de vehículos que tenía por delante me dio información sobre el vecindario en el que me tocaría vivir durante las siguientes horas.

Lo bonito del momento, además del encanto de una ciudad que ni en las circunstancias más difíciles nos priva de sus escandalosas guacamayas y de sus espectaculares amaneceres, es que a esas alturas del día que comenzaba, mi ingenuidad de primerizo en estos menesteres me indicaba que, cuando mucho, me tardaría medio día en llegar a la bomba y a las doce estaría en casita almorzando.

De inmediato comenzaron a estacionar tras de mí otros conductores y a la buena vibra que me acompañaba hasta ese momento sumé la certeza de saber que ya no era el último en la cola, que en pocos minutos llegaba a la altura de la estación del Metro Ciudad Universitaria.

Como lo indica el manual del buen echador de gasolina de madrugada, lo primero fue darle los buenos días a mis vecinos en la cola y preguntarles si sabían si ya habían abierto la bomba, tras lo cual, con una mirada despectiva y una pausa de suspenso, llegó la respuesta solicitada: “No abren hasta que llegue la guardia”. Ya a las seis comienzan a circular los vendedores de café y cigarrillos, se asoman los primeros trotadores de la mañana y la gente sale de sus vehículos, lagañosa y embojotada en sábanas.

Es en ese momento cuando me entero que todas esas personas han dormido en sus carros toda la noche y son sobrevivientes de la cola del día anterior: mujeres en bata, hombres en cholos, niños en pijama y hasta perros, gatos y otras mascotas forman parte de la población flotante que me acompaña.

A golpe de siete de la mañana el conductor que está dos carros más adelante, que había partido en gira de exploración hasta la gatera, con voz jubilosa anuncia que ya llegó la guardia y que “la gandola está en camino”.

Entre abrazos y lágrimas de felicidad la noticia es celebrada por quienes, a estas alturas, ya llevan al menos doce horas en espera

del “preciado líquido”.

Para historiadores y analistas que lean estas líneas en el futuro, es necesario contextualizar los hechos: ubíquense en una Venezuela bloqueada por el Gobierno de Estados Unidos, asediada por los cuatro costados, impedida de comprar y vender nada fuera de sus fronteras, con cientos de miles de barriles de petróleo a la espera de los aditivos que los transformen en gasolina.

Si a usted, lector o lectora, no le tocó vivir en carne propia el tormento de hacer cola hasta para comprar una aspirina, le será muy difícil entender el tono de esta crónica que, aunque parezca humorística, es trágica por lo que encierra de canalla la acción de quienes pidieron sanciones que, según ellos, sólo perjudicarían a los chavistas.

Por eso yo, con la discreción del recién llegado, me limito a llamar a mi esposa para decirle que prenda el calentador, que antes de las doce estoy allá.

Descubro en ese momento la veteranía de mis compañeros de viaje en la práctica de hacer cola para surtirse de gasolina en estos tiempos de bloqueo: cavas bien surtidas de arepas rellenas, jugos y agua previamente embotellados en sus hogares, termos con café negro y con leche, teteros, pañales, servilletas, sillas de extensión, mesas plegables y hasta un útil dispositivo para orinar dentro del carro.

Yo, como ya dije, novato en esas lides, debo conformarme con dos grasientas empanadas con promesa de pollo en su interior y un

café pequeño, desayuno por el que cancelo la ridícula suma de ¡setecientos mil bolos!

Esa, por cierto otra joyita a ser analizada por los estudiosos de los efectos del bloqueo: una inflación inducida que pulveriza el salario y transforma una modesta empanada en artículo de lujo. En lo que respecta a la inevitable miadita, debo recurrir a la indeseable práctica de esconderme tras un árbol por los lados de los campos de beisbol y de fútbol de la Facultad de Ciencias.

Transcurrida la mañana, con el sol amenazando con privarnos de la ñinguita de sombra que nos procuramos con celo, mi optimismo inicial comienza a palidecer, cuando veo pasar las horas sin tener noticias de la famosa gandola, que no sé si “viene en camino” desde El Palito o si está saliendo de Amuay.

Llega la hora del almuerzo y cada quien se procura lo que puede. Yo aprovecho una panadería que está en los bajos de un edificio de la Misión Vivienda y me pongo en un combo de cuatro canillas que venden a ochenta mil, las relleno con algo parecido a mortadela, me zampo un par y todavía me quedan dos para llevar para la casa. Al menos eso creo.

A golpe de cinco de la tarde pasa un tipo en una bicicleta anunciando que la gasolina “está por llegar”, que la gandola viene bajando por Tazón, pero que una vez que descargue el combustible cierran la bomba, se retira la guardia y hay que esperar hasta el día siguiente.

En ese momento se produce un silencio paralizante, seguido de una mentada de madre colectiva que se debe haber escuchado en Los Próceres. De inmediato comienza a gestarse un movimiento insurreccional de choferes arrechos, encabezado por una tipa que después nos enteraríamos era una vulgar cuida puestos.

Ya a las ocho de la noche, resignados a pasar la noche bajo las estrellas, comenzamos a organizarnos: salen almohadas, sábanas y toda una logística que me hizo recordar mis días de boyescao.

La cuida puesto asume un cierto liderazgo: “Muevan los carros, que no queden espacios desocupados porque a golpe de medianoche pasa la policía y los manda a mover”. Obedientes, seguimos sus instrucciones.

Un tipo con cara de “pesao” dice que va un momento a su casa a buscar una pistola, porque “yo no voy a dormir en la calle desarmao”. Otro le dice que si se va pierde el puesto. La cuida cola sale en su defensa argumentando la seguridad de todos los que pasaremos noche y madrugada en la vía pública.

A las diez eso parece el propio campo santo: una hilera de carros en penitencia, vehículos de todos los modelos y años delatan que la cola de la gasolina, como el covid-19, no hace distinción de clases sociales, credos ni ideologías.

La cola nos uniforma y nos iguala, al menos por una noche.

Es justicia reconocer que en medio de la larga vigilia, arropados por el concierto de grillos, la solidaridad hermana a chavistas y a

opositores, que comparten mantas e incertidumbres.

Amanece y se repite el ritual de la mañana anterior, en esta ocasión matizado por el hecho de que ya yo he cumplido mi ritual de iniciación y ahora le toca a otros pagar el noviciado.

De nuevo los vendedores de café, otra vez los trotadores y nuevamente la promesa del tanque full por solo ciento sesenta mil soberanos.

La ya interminable fila se mueve cada quince minutos rumbo al destino anhelado, algunos prefieren empujar su vehículo, otros lo apagan y lo prenden ante cada llamado del GN que intenta poner orden en el caos en que se transforma esa quimera anunciada.

Esta parte de la travesía amerita un párrafo aparte, porque lejos de cantar victoria cuando se avistan los diligentes bomberos, es el momento en que uno se juega el derecho ganado tras horas y horas de espera.

Entonces la trona amenaza con convertirse en pasón, porque si el conductor no se pone las pilas y se planta bien plantado, todo lo hecho hasta el momento habrá sido en vano.

Debe tenerse presente que en cualquier momento el bombero dirá: “Señores, ¡se acabó la gasolina!”, y si usted dejó que el vivaracho que estaba después de usted o el que se metió por los caminos verdes surta primero, pagará muy caro el precio de haberse dejado joder.

En mi caso, gracias a la firmeza del bombero que me tocó y a la defensa

que hice de mi lugar en la cola, evité que un tipo uniformado me la aplicara cuando exigió le surtieran antes que a mí: -Usted es la autoridad en el cuartel, le dijo el trabajador de la gasolinera, pero aquí el responsable soy yo y el que sigue es el caballero-.

Eran las once de la mañana del viernes 18 de septiembre cuando, como en aquellos alucinantes días de Woodstock, salí de la bomba de la avenida Victoria con la misma sensación de felicidad experimentada cuando escuché a Jimmy Hendrix rasgar en su guitarra el himno de Estados Unidos, en tono de rebeldía por Vietnán y por todos los atropellos que cometían, y siguen cometiendo, en nombre de su soberbia imperial.

Solo pedimos un chance a la paz.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

La Empresa de Confección Textil 2021 confeccionó tapabocas para la comunidad del 23 de Enero



Teresa Ovalles Márquez

Egresada de la UCV. Con tesis mención publicación. “El Nacional y su automatización: implicaciones laborales”. Periodista.

Trabajé en la Secretaría de Redacción de *Últimas Noticias* y en *El Globo*. En *El Nacional* fui diseñadora. Hice una edición aniversaria de ese diario con el artista plástico Jacobo Borges. Conduje por 6 años el programa sabatino *El que tenga oídos...* en YVKE Mundial.

Laboré, durante la gestión del Comandante Chávez, en Miraflores, primero en la Sala Situacional y luego como Jefa de Prensa Presidencial. Luego del golpe de 2002 pasé a la administración pública. En política e ideología honro a Chávez. Por lo que me enseñó. Por lo que aprendí y aprendo. Con diplomado de la Escuela Juan Vives Suriá, en Derechos de las Mujeres. Ahora ando en el semanario *Ciudad Caracas*, de la mano de Mercedes Chacín, cazando estrellas y palabras.

Ventanas, silencios y zurcidos

Teresa Ovalles Márquez

Resulta que mientras la gente limpia a fondo el hogar en esta cuarentena, yo hago mascarillas gratuitas y trabajo en la oficina, desde la casa. Pero creo que le dedico mucho tiempo, junto con Amalia, a la confección de tapabocas.

Solo me da tiempo de hilvanar sueños noche y día. De pensar en la posibilidad que podemos tener muchos de salvarnos del virus. O morir.

Pienso en la muerte. Leo *La legión extranjera* de Clarice Lispector. Oigo mucha música y mi ser se acopla a su sonido, me dejo llevar. Esa música que escucho me da serenidad. Esto, en vista de que parece que no puedo con mi propio silencio, y no sé si es porque mis vecinos o se levantan muy tarde (duermen) o están muy tristes, porque no se los oye. Solo se escuchan las aves. Me paso el día luchando con ese silencio o dándole música (¡Mi silencio se alimenta de música!). Alimento con alpiste a mis pajaritos que gozan de plena libertad. Espero, (y no aparece) el arcoiris que en las tardes solía entrar por mi ventana. Preparo desayuno y almuerzo. Duermo tranquila, pero me levanto a las 3 de la mañana creyendo



Escucho el silencio de la madrugada. Todos duermen, aparentemente. Antes de que ellos vayan a la cama yo les pongo música que los tranquiliza. Porque es temprano, tipo 7 de la noche, y ellos parecen escuchar el sonido de mi alma: jazz, soul, blues, bossa nova, mantras, zen o lo que llamamos comúnmente ‘música suave’. Y llego a ponerles hasta los cuencos tibetanos, a eso de las nueve. Y todos se quedan tranquilitos. Empiezan a apagar las luces. Duermen. Y les pongo música de relajación. Siguen durmiendo”.

que falta muy poco para que amanezca. Entonces me levanto y me asomo a la cocina para ver las ventanas vacías de mis vecinos, oscuras y muy solas pero, sobre todo, muy silenciosas. Escucho el silencio de la madrugada. Todos duermen, aparentemente. Antes de que ellos vayan a la cama yo les pongo música que los tranquiliza. Porque es temprano, tipo 7 de la noche, y ellos parecen escuchar el sonido de mi alma: jazz, soul, blues, bossa nova, mantras, zen o lo que llamamos comúnmente “música suave”. Y

llego a ponerles hasta los cuencos tibetanos, a eso de las nueve. Y todos se quedan tranquilitos. Empiezan a apagar las luces. Duermen. Y les pongo música de relajación. Siguen durmiendo.

Mi vecina quedó muy contenta con su tapaboca.

Todo esto pasa mientras espero el momento de ir a confeccionar las mascarillas con Amalia, la modista. Calculo que ya hemos hecho como cincuenta solo para los vecinos, sus allegados y amigos. Y no dejo de preguntarme ¿cómo terminará esta historia?

En las tardes bajo al piso de Amalia y entramos directo a su sala de costura. La primera vez yo llevé mi patroncito y la mascarilla original. Ella lo midió para probar su exactitud, lo comparó con el original y lo aprobó. Luego vi el zurcido paciente de sus dedos. El hilvanar de las agujas en la tela y su sorprendente destreza en el manejo del hilo, agujas y alfileres.

Con Amalia aprendí la diferencia que hay entre una costurera y una modista. La “costurera” era yo.

Ella tiene el cabello hermosamente blanco. Lleva 89 años llenando de vitalidad y amor su ser, lleno de tristezas pasadas. Amalia es malagueña. Posee una fuerza interior insuperable. Tiene una pierna enferma y eso la hace andar entre pasos cortos y una silla de ruedas. Me sorprendió que ella no se impacienta por ver el resultado final. Y como no tengo paciencia, me pierdo y no atiende

bien sus enseñanzas. Escucho sus historias acerca de su difunto esposo y de las enseñanzas de su madre, que la formó sumisa, en plena Guerra Civil y durante la dictadura franquista.

Amalia me dijo que el principal ingrediente de la costura es la paciencia. Paciencia, me dijo, mientras yo miraba sus manos de sabia. Amalia me enseñó cómo zurcir un sueño, cómo hilvanar el hilo en la confección de un trajecito que quede a la altura de la gente que más lo necesita. Y cómo hilvanar la vida.

Paciencia.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Juego de ajedrez en la esquina de Gradillas durante jornadas de flexibilización 7+7.



Malú Rengifo

Nací en Caracas, crecí en Guatire y volví a Caracas para medio estudiar periodismo. He sido columnista de *El Correo del Orinoco* y el semanario *Ciudad CCS*, redactora en *Misión Verdad*, 15 y último y revista *Épale CCS*. Fui conductora de un programa en *Ávila TV*, creativa publicitaria por varios años, hice un libro de crónicas llamado *Caracas Pueblo*, a veces pinto o ilustro donde me llamen a hacerlo, pero lo que más soy en esta vida es muñequera.

El apocalipsis que no fue

Malú Rengifo

Día 1

Todo comenzó por un final. La diabetes de Pachón se complicó el 14 de marzo de 2020 y fue internado en un limpio y silencioso pabellón en el piso 4 del Hospital Clínico Universitario, diligentemente atendido por médicos y personal de enfermería que nos acompañaron las tres semanas que tardó el abuelo en despedirse de la vida. Las situaciones que vivimos a nivel familiar por esos días poco enriquecen esta historia, pero es importante que diga que la atención fue incuestionable, que por duro que haya sido aquel evento lo pudimos atravesar en completa dignidad, y que estaremos eternamente agradecidos y orgullosos de poder relatar la experiencia de esta forma, siendo que mientras aquello ocurría los medios de comunicación privados aseguraban que en Venezuela el sistema de salud estaba colapsado, que la gente estaba muriendo echada en los pasillos de los hospitales, que no había cama para tanta gente y que el covid ya hacía estragos en nuestra población, bajo la mirada indolente del rrrrégimen socialista. Los desafíos que presentaba el momento no eran pocos: cierre de



...Entonces comenzamos a comer como unos marranos ansiosos y, en una histérica necesidad de satisfacer nuestras ansias de vida de algún modo, cocinamos los platos más extraordinarios, postres, almuerzotes y meriendas, comiéndonos los pocos reales que había porque, total, íbamos a morir todos”

la vialidad y prohibición del transporte público, unos pocos negocios abiertos hasta el mediodía nada más, el pánico general, las farmacias abarrotadas. Aun así, el proceso de cuidado del abuelo fue tranquilo. Felipe, con almohada y cobijita, pasaba las noches con él, descansaba en la camilla disponible más cercana y conversaba con las familias vecinas. “Las mujeres de este país son unas heroínas”, decía, ante la historia de madres, esposas, hermanas, que abnegadamente cuidaban a los pacientes alrededor.

Pablo y yo cocinábamos, comprábamos los insumos médicos y nos íbamos a acompañar al abuelo durante el día, mientras Felipe venía a bañarse a nuestro hogar en la avenida Bolívar. En una ciudad de la periferia, el resto de la familia, encabezado por Estrella, cuidaba a la abuela.

Y así todos los días, unas veces a pie y otras andando, bordeábamos el parque Los Caobos por Colegio de Ingenieros, empujados

por el cierre de los espacios de esparcimiento público. Cruzábamos el antiguo Paseo Colón por el elevado de la ciclovía, que desde lo alto de un bucare era vigilado por guacamayas y loritos reales. La ciudad estaba atronadoramente silenciosa y nítida, la poca gente que salía improvisaba tapabocas con cualquier pedazo de tela bochornoso, las hojas se acumulaban en los desiertos pasillos de la UCV.

Pasábamos las tardes acompañando a Pachón, sacándolo a tomar sol en un balcón hermoso con vista a Tierra de Nadie, Waraira guardián, gabilán, palmeras y guacharacas. A un lado del Clínico se estaba instalando una carpa gigante para comenzar a recibir a los pacientes de covid, cuando un día recibimos la noticia: cerraron el piso seis porque hay dos médicos contagiados. Era verdad: el mundo se terminaba.

Día 21

Después comenzamos a vivir la pandemia como una familia cualquiera y nos dimos cuenta de que el apocalipsis realmente consistiría en lidiar con monstruos absurdamente domésticos como el aburrimiento, la gordura y la mamazón.

Convencidos y horrorizados de que la orden de permanecer en nuestras casas se prolongaría mucho más del primer plazo estipulado (“ya tú vas a ver, esto va pa’ largo, ¡cuidadito si no nos llega mayo en este encierro!”), Pablo y yo nos juntamos con el resto de la familia y entonces el reto fue aprender a convivir con la abuelita, la mamá, el papá, el cuñado y la cuñada, mi novio, Guillermo el gato, dos morrocayos y yo, en la misma casa. Nunca fue tan

necesario el “convivir para vivir” que con tantísimo ánimo se ha propuesto en este semanario y que, casualmente, había ilustrado mi suegro: sepan entender cuando les digo que si no hubiera sido por los memes, el Netflix y la posibilidad de que existiera un dios que todo lo ve y todo lo juzga, yo habría sido dominada por ese agobio que alimentaba en mis entrañas una neurosis y una misantropía de carácter excepcional.

Cuando se acabaron los memes la actividad que más nos amalgamó como familia fue la revisión diaria de las cifras: que si en España se murieron nose cuantos mil, que si ya Estados Unidos está peor que Italia, que mira cómo van las cosas en Ecuador, que pobrecita esa gente, que qué maravilla Cuba, que qué alivio nosotros, que menos mal que no hubo tanta gente viniendo de turista para acá, y que qué desgracia los colombianos y los repatriados que vinieron a echar a perder la cosa. Normal.

Después vino la sensación de que no habría futuro posible, la depresión, y un insomnio que canalizamos en numerosas jornadas de pintura de madrugada que dieron como resultado unos cuantos cuadros bien hermosos que hoy día se encuentran expuestos en la Galería Urquía-Marú, pero que también sirvieron para dejar aflorar las tristezas y los temores en unas cuantas conversaciones referentes a todo lo que habíamos planeado para el glorioso año 2020 y que no podríamos hacer. Entonces comenzamos a comer como unos marranos ansiosos y, en una histérica necesidad de satisfacer nuestras ansias de vida de algún modo, cocinamos los platos más extraordinarios, postres, almuerzotes y meriendas, comiéndonos los pocos reales que había porque, total, íbamos a morir todos.

Recuerdo que en una ocasión llegaron los médicos con unos astronautas que desinfectaron todo el edificio y nos hicieron pruebas rápidas a todo el que se la quiso hacer. Aquello era un frenesí, una sensación de mundo, el éxtasis de estar viendo una cara nueva, ¡y además extranjera! ¡Madre mía, esto sí que es emocionante!, ¡oyeme tú como suena ese acento!, “¿no le apetece un vasito de agua, doctor, un juguito, alguna cosa? Cuéntenos, ¿cómo ve la broma por allá?, ¿de qué parte de Cuba es usted? Aquí somos revolucionarios, ¿oyó? ¡Viva Fidel!”, pero después de revisar que todo estuviera bien se fueron como llegaron y otra vez volvimos a ser los mismos siete humanos, un gato y dos morrocayos.

Día 75638264573020905

Pero el cuento del fin del mundo resultó no ser tan así como pensamos. Las cifras de Venezuela daban cuenta de una gestión sanitaria y una disciplina popular que habían permitido que nuestro tan subestimado país, nuestro vapuleado país, nuestro indolegable país, mantuviera bajo control el posible repunte de casos que nos llevaría a crisis como las de Italia, Perú o España. Y aunque para el mes de agosto se registró un aumento en la cifra de contagios, tal aumento fue controlado inmediatamente, lo que ha permitido que en un clima de suficiente seguridad, desde mayo hasta los tiempos actuales la familia a la que pertenezco se haya mantenido activa, trabajando como probablemente no lo había hecho antes, pintando para Aquiles Nazoa y ratificando las palabras del rruiseñor de Catuche cuando decía que el amor y el arte eran vías para el disfrute de la vida perdurable.

Es cierto, no se destruyó al capitalismo, no hubo el mentado cambio de paradigma mundial, no bajaron realmente los índices de contaminación como en un principio nos decían que ocurriría, pero tampoco hubo tal cosa como un apocalipsis, ni la esperanza murió, ni las vidas quedaron predestinadas al tedio.

Hemos perdido gente buena, sí, bastante. Y hemos pasado sustos como el de Meche Chacín, que mandaba mensajitos desde la habitación donde pasó su enfermedad contando el montón de películas malas que había visto ahí encerrada.

La jaula de los abrazos deberá mantenerse un tiempo más. Pero la nueva normalidad se perfila bastante parecida a una vida bonita y este pueblo ha demostrado una capacidad de resiliencia extraordinaria (cuando nuestro amigo José Roberto Duque comentaba, preocupado por la sequía, que a Caracas le quedaba comida para nada más dos meses, aparecieron las hamburguesas y los tequeños de a dólar).

La pandemia vino a sacudir a Venezuela con una prueba que hemos pasado a fuerza de disciplina y creatividad. Aquí no ha pasado nada: usemos el tapaboca, tengamos las manos limpias, cuidemos a los abuelos, y tengamos una feliz Navidad.





FOTOGRAFÍA JAVIER CAMPOS

Personal de desinfección a las afueras del mercado de Quinta Crespo, rocían las manos con hipoclorito como medida de bioseguridad implementada por el Ejecutivo Nacional ante la pandemia del covid-19.



Pedro Delgado

La Guaira, febrero de 1948. De la primaria y la técnica industrial me fui a la música: teoría y solfeo, armonía, pedagogía. Autor de *Amor de museo* (cuentos) y *El fantasma del Urdaneta* (crónicas), ambos libros ya publicados. Entre otras cosas, he recorrido gran parte de la ciudad como encuestador-entrevistador de publicidad y mercadeo, y sondeos radio tv, en compañías como Dato C.A (década del 70-80). Testimonios muchos de ellos convertidos en relatos “arrancados de la vida misma”.

Échamelo a mí primero

Pedro Delgado

Contaba el abuelo Juan, veterano sobreviviente de epidemias, enfermedades, pandemias, que en aquellos tiempos de ir a comprar a la pulpería (pequeños negocios de expendios de comida), y entregarle las monedas al dueño, este señalaba un recipiente de lata o peltre sobre el mostrador para que depositaran el dinero, evitando así recibirlo en sus manos so pretexto de no contraer algún posible contagio; monedas que luego serían lavadas con agua y jabón, como aquellas acuñadas en plata, tal la de bolívares cinco, dos, uno, por ejemplo; o en níquel como la locha y el centavo.

Era esta una convencida fórmula para no contraer alguna enfermedad de moda como la gripe española, la malaria, la peste bubónica, el paludismo, la lepra, el tifus, entre otras que por aquí asolaron en tiempos del DDT, recordado insecticida rociado desde un dispensador de metal de cinco litros, manipulado por una cuadrilla de hombres del departamento de Malariología del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, ente encargado de la jornada sanitaria, en casas de familia, escuelas, fábricas, establecimientos comerciales, etcétera.



Hoy, ante la locura del covid-19, catalogado como la pandemia del siglo, los procedimientos son otros, claro, a ritmo de modernidad incorporada; muy lejos de aquellas contagiadas épocas algo comparadas con esta que nos tiene pagando obligada cuarentena, restricción esta (la del encierro en casa) jamás antes decretada en el país”

Hoy, ante la locura del covid-19, catalogado como la pandemia del siglo, los procedimientos son otros, claro, a ritmo de modernidad incorporada; muy lejos de aquellas contagiadas épocas algo comparadas con esta que nos tiene pagando obligada cuarentena, restricción esta (la del encierro en casa) jamás antes decretada en el país.

Entre avances noticiosos, reportajes televisivos, hoy se observan las extendidas jornadas de limpieza por diferentes sitios. En populosas urbes como la ciudad de Caracas, los empleados municipales, prevención por delante, se dan a todo tren con sendas manguerotas apuntando a mercados, centros comerciales, calles

y avenidas. Un equipo sobre la espalda de un sanitarista expulsando un chorro antibacterial, igual es usado para el exterminio de microbios.

Pero la novedad de la época la procura el chorrito. Salido de un dispensador tipo espray, un líquido que puede ser alcohol o cloro (los más recomendados), va a parar a manos de la clientela previa tomada de tensión arterial con un dispensador manual. Por cantidad de lugares hemos observado (desde el mínimo negocio hasta el supermercado de variada mercancía) a un empleado en la puerta dispuesto a colocar el líquido. Por cierto, ha sido en algunos negocios una fórmula de empleo nunca vista, esta la del echador de chorritos.

“Hagan la cola, que a uno por uno se lo voy a echar”, dice un tipo en jodedora manera criolla a la entrada de unos chinos de por la avenida Sucre, Catia, por donde una seguidilla de comercios aplica igual procedimiento. “¡Échamelo a mi primero!”, dispara una apurada dama celular al oído, de esas que van al supermercado a dar vueltas alrededor de los anaqueles a paso de carrito de compras y tono de chateo. “Haga su cola, señora, no se desespere”, replica una voz intermedia esperando el chorrito.

Carnicería, pescadería, frutería, farmacia, ferretería, venta de repuestos para vehículos, panadería, arepera, y hasta los cuchitri-les para comprar el huevo detallado, la tetica de café o azúcar, disparan su ración. Hasta algunos informales pregonan por las

aceras su bachaqueo frasquito en mano: “Lleva la harina de maíz, el azúcar, la leche, el arroz, las caraotas. Mire que también le pongo su chorrito”.

Es decir, que ir a comprar en varios sitios es sinónimo de llevarse unas cuantas porciones desinfecciosas por delante; aunque por ahí nunca falte el afán de un empleado lanzando un chorrillo, pero de agua ¡Ojo pelao!





FOTOGRAFÍA JAVIER CAMPOS

En el Área de Producción Agroalimentaria (ARPA) Cacique Tiuna los niños cosechan su futuro.



Nathali Gómez

Periodista caraqueña con profunda raíz colombiana. Aficionada a contar y retratar las pequeñas historias que transcurren bajo la luz y la sombra de Caracas. Autora del Libro de los *Minimanuales*. Ha obtenido en dos oportunidades una mención especial en el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y también ha sido reconocida por el Premio Aníbal Naoa. Actualmente es redactora del portal ruso en español *Actualidad RT*.

Una pandemia, dos ciudades

Nathali Gómez

Se despierta la pandemia

Un día amanecemos y la ciudad había dejado de ser nuestra. Sus puertas se cerraron. Los rincones que nos llenaban de vida quedaron vetados ante la posibilidad de que fuéramos alcanzados por un enemigo invisible, silencioso y letal. Caracas se volvió pandémica. Tras más de siete meses en cuarentena, las etapas que vinieron se agolparon en un amasijo donde el transcurso de los días carecía de importancia. El futuro adquirió otra definición y cada minuto parecía más lejano e inaprehensible. Nuestra vida pasó de ser bastante predecible a traer consigo un montón de incógnitas que se agolpaban con la incertidumbre que resultaba nuestra propia existencia ahora. ¿Permaneceremos vivos junto a los que queremos? La respuesta era un gran silencio cortado por el sonido del espray con alcohol sobre nuestras manos.

Entender cómo fue cambiando de piel Caracas no es sencillo. El Ávila, ese dinosaurio que está sumido en un profundo sueño y que nos separa del mar, contemplaba con pesadumbre cómo ese entorno agitado, tan cotidiano para él, fue desdibujándose. Las



Cuando el país supo sobre los primeros contagios de covid-19 en Venezuela, una extraña sensación, como un corrientazo, sacó a los caraqueños de su aparente inercia. En las calles se notaba un movimiento distinto. Aún casi nadie usaba tapabocas y en cada esquina las personas comentaban los anuncios presidenciales sobre la cuarentena nacional. El coronavirus aún era un tema que creíamos lejano y ajeno. Sin embargo, de una manera asombrosamente rápida, la gente incorporó el uso de la mascarilla a su cotidianidad. La primera etapa había comenzado”.

pequeñas figuras, que somos nosotros, dejaron de moverse por todos lados. Una especie de parálisis involuntaria fue extendiéndose por todo ese cuerpo al que llamamos ciudad.

Las imágenes que guardamos de este carrusel detenido en el que nos montamos desde marzo, cuando empezó la cuarentena, se mueven tan lentamente que es difícil percibir su paso de una manera certera. En nuestra cotidianidad fueron operando cambios radicales cuyo efecto no podía medirse en el espacio y en el tiempo: la sensación de pausa y de tierra baldía se extendió de manera

implacable. Nuestras rutinas se modificaron como un hachazo sobre el entorno. A esta altura se nos confunden los nuevos rituales con los viejos. No somos los mismos, lo sabemos.

Esta nueva Caracas surgió sobre los cimientos de la otra, que no se había ido, ni había cambiado de forma; solo era extraña. Ese “nuevo lugar” parecía sacado de las escenas de *El eclipse*, la película de Michelangelo Antonioni donde una pareja en trance de separación da largas caminatas por una ciudad inhumana y desértica en la que cada elemento pierde sentido ante el “eclipse” del amor. En nuestro caso, el ensombrecimiento se fue posando sobre el colorido a veces estridente que somos.

Cuando el país supo sobre los primeros contagios de covid-19 en Venezuela, una extraña sensación, como un corrientazo, sacó a los caraqueños de su aparente inercia. En las calles se notaba un movimiento distinto. Aún casi nadie usaba tapabocas y en cada esquina las personas comentaban los anuncios presidenciales sobre la cuarentena nacional. El coronavirus aún era un tema que creíamos lejano y ajeno. Sin embargo, de una manera asombrosamente rápida, la gente incorporó el uso de la mascarilla a su cotidianidad. La primera etapa había comenzado.

Con el paso de los días, fuimos perdiendo la ciudad. La orden era clara: “Quédate en casa”. Un altavoz nos recordaba cada tanto que debíamos hacerlo. Una sucesión de santamarías fue bajándose y un gran silencio tomó las calles, de una manera más contagiosa que el propio coronavirus. Había miedo a algo no visible que podía

enfermar a través de un beso, de un abrazo o incluso una conversación. La amenaza se hizo presente y la única manera de intentar alejarla era confinándose. Los parques se quedaron con sus árboles encerrados, las plazas se vaciaron, las avenidas quedaron mudas y la Caracas respiraba con aprehensión. El sentido de la ciudad se desdibujó porque, aunque fue hecha por los humanos para los humanos, en ese momento no era para nosotros.

El tránsito hacia la “nueva normalidad”

Italo Calvino, en *Las ciudades invisibles*, pone en palabras de Marco Polo la descripción de una ciudad que cada habitante contempla y adapta a sus deseos y posibilidades. Así nos pasó en Caracas cuando, pensando en la que hasta hace poco había sido, sentíamos y recorríamos, está ajena y esquiva. En esa nueva realidad, todos teníamos tapabocas, solo los lugares imprescindibles estaban abiertos y el distanciamiento era la norma más importante para no contagiarse.

Esa conmoción inicial fue cediendo y nuestros rituales detenidos fueron desperezándose. Las calles han vuelto a parecerse a eso que recordamos, aunque aún nos asuste ser alcanzados por el enemigo silencioso y hayamos tenido que adaptarnos a esta “nueva normalidad” de bares que son verdulerías, espray con alcohol, medición de la temperatura al llegar a un lugar, colas con distanciamiento y torpeza al saludar o despedirse de alguien.

La pausa involuntaria llevó el centro de nuestras vivencias a la

sala de la casa, a los mensajes, a las videollamadas. Las preocupaciones por la salud de los nuestros pasaron a primer plano y en medio de tanta información y temor a lo desconocido, estuvimos con ellos o los despedimos de la mejor manera que pudimos. El dolor también fue un sentimiento que se paseó por algunos hogares, a pesar de todo lo que hicimos para evitarlo. Una pandemia, incluso con las mayores medidas de contención y de resguardo de la población, deja su huella en los testigos.

Hemos vuelto aunque nunca nos fuimos. Conquistar la ciudad es un proceso que también incluye las pequeñas luchas cotidianas que nunca abandonamos en contra del enemigo persistente del asedio contra nuestro país. En cada esquina hay una muestra de las formas que cada uno ha encontrado para mantenerse a flote y llevar el sustento a su casa. La rebeldía caraqueña nos ha hecho insistentes y tenaces. Danzamos en un complejo equilibrio entre no desfallecer, recuperar el impulso y sortear todo tipo de obstáculos. Cada uno tiene sus heridas, que ha lamido alguna vez. Aún es complejo explicar por qué cuando nos vemos cercados, echamos a andar esa forma que tenemos de continuar y resurgir. Somos un árbol cuyas ramas surgen cada amanecer tras los hachazos dados en la oscuridad.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

El saxofonista Omar Rodríguez paseó por las calles de la parroquia Candelaria llevando sus interpretaciones musicales.



Gustavo Mérida

Menos escritor que ciclista, más ciclista que periodista, menos periodista que cualquier otra cosa. Caraqueño de la segunda mitad del siglo pasado, empeñado en poder hacer (con el empeño que no dan las casas de empeño) papel con fibra de cáñamo, por ahora.

“Nunca nadie esperó nada bueno de mí”

Freddy Fernández

El zamuro

Gustavo Mérida

Tenía lentes oscuros. La actriz subió sin dificultad por la escalera. El vacío no era tal, porque aunque cuando llegamos olía a mierda de zamuro y las paredes tenían pintas de aquel Mayo francés, la vista se relajaba con su sonrisa. Habló de él, yo pensé en ella. Recostados del resquicio (a veces, todo está salpicado de resquicios), ella miraba a Caracas y yo la miraba a ella. Somos multitudes.

Abajo, la terraza no parecía tal. Tierra y circo. Pan, o arepa, que no se multiplica porque “se acabó el gas”. Pique por la mitad y siga leyendo. Una sopa cocinada con leña hace humo de paz. Pero ella no sabía nada de eso, y nada de eso importa si lo que importa es su sonrisa. Al bajar, tocamos la tierra. Me pide ayuda y su falda se recuesta en mi hombro.

La terraza se está cuajando. Nadie sabe, abajo en la cola de los helados. Toda Venezuela camina desde Sociedad a Gradillas. El bullicio (“doce globos por un dola” o el ritmo vertiginoso con que se ofrece comprar oro, oro, oro) viene desde el mercado de San Jacinto, cuando era mercado. Ahora, el pregón es otro.

Y otro el sermón.



Algún día volveré a verla. Ella seguirá actuando, yo ensayo un guión sin palabras. Enciendo el yesquero, frunzo el ceño sin ninguna necesidad, desando el ritmo y el agua empozada se mete entre la planta del pie y la suela de la alpargata. Hora de guarecerse en una soledad imposible”

Los vecinos cambian todo el techo. El museo sacro, con todas las tejas en el piso, puso el techo rojo cerca de las tumbas que están en Gradillas: la Caracas de esos techos, la Caracas de Los Sin Techo, en El Cementerio, se prepara para unos techos re-verdes, pero nadie lo sabe todavía; estamos en la cola de la pandemia. Algún día volveré a verla. Ella seguirá actuando, yo ensayo un guion sin palabras. Enciendo el yesquero, frunzo el ceño sin ninguna necesidad, desando el ritmo y el agua empozada se mete entre la planta del pie y la suela de la alpargata. Hora de guarecerse en una soledad imposible.

Un rato en la montaña

Cuando levantó el brazo y palpó, la arenilla se desparramó, salpicándole las orejas. La piedra, lo suficientemente grande para romper, digamos, un cráneo, el suyo, representaba un peso lo suficientemente pequeño como para dejarla en cualquier parte. La voz le resoplaba en cada paso: “Tienes que ir a desintoxicarte”. Una arcada venía en oleada lenta, de esas que dan cuando tienes que vaciar la palabra. Se probó el sudor, se dañó el color, se arruinó la piel con ese desamor y, otra vez, habló de más. El policía lo sacó del ensueño: “Ciudadano, muévase y póngase el tapaboca”. En la esquina aquella, para no herir susceptibilidades, un oficial se aseguraba de que ningún vehículo pudiera estacionarse; en la esquina otra, siguiendo la corriente, un peatón de pocos metros se adueñaba de los centímetros: *guándola* por cuidar el carro. Hasta se puede pagar con punto. De aquí al indiscutiblemente necesario parquímetro caraqueño hay, hasta hoy, planes de picos y de placas.

Desde Gradillas, donde los muertos sí salen, el sonido seco, quebradizo y alucinante no se escuchó. Un brazo arrojó una extensión hacia la terraza del edificio Gradillas B, que fue donde cayó, desde la terraza del edificio Víctor Mendoza, que fue desde donde se lanzó. El abono, esparcido como cama, regado como siembra, curado como mascota, cargado como piedra, sudado como el amor, testimoniaba un principio como de cine continuado que superó todas las pandemias, la de este siglo que comienza a contarse apenas ahora, que nos queda poco para sembrar esa semilla que

nos dará el papel. Para volar sobre las próximas edades se requiere delirar un poco. ¿Internarme? Dale, pues. Seguro que el delirio, el que sea, termina siendo de grandeza: hablamos con el director del sanatorio y coordinamos la reclusión, previo diagnóstico; así aprovecho y escribo, sin plagiar al prójimo detrás de la máscara que no se nos olvida al salir. “Ya alguien escribió que Dios tenía unos renglones torcidos”. De la boca para afuera; premeditación aparte, reiteración reiterada: ya eso está escrito.

Pero el hambre, la nuestra, como decía la abuela de Aquiles Pascual, es inmortal.

Ella y él

A él, contarlo primero que ella, lo hace telonero de la esperanza, que es ella, que es sin proponérselo y deja de serlo cuando le da la gana.

Su voz, la de él, se agrava cuando ella está a punto de caer porque no mueve la cadera como es. Ella suda, se asusta, se agarra, se impulsa; el sol está en el punto de la una. Arruga la frente, hace la pirueta, saludan, ella corre y recoge un billete de diez mil (dos litros de gasolina subsidiada o la cincuentava parte de un dólar: depende del color de sus zapatos. ¿Es usted de quienes se asombran, en este noviembre de este año inolvidable, de que coser una suela de un zapato, o de los dos, cueste varios millones de bolívares, o no le da nada en el cuerpo cuando ve los precios de los perros calientes de Plaza Venezuela marcados con tinta borrrable, muy borrrable, en simplificados dólares? La pregunta cansa.

El final del paréntesis no existe. Ella y él hacen piruetas y palean biomasa para el compostero del parque Sucre de Los Caobos; patinetean hasta una sala de teatro en San Bernardino y allí hacen tanto que no da tiempo de contarlo ahorita; otro día, cargan la tierra abonada hasta la terraza, entre Gradillas y San Jacinto; siembran, riegan y consiguen mesas de cultivo en sótanos inexplicables. Pelean, claro. Lo hacen a destiempo y sin frenos, como se pelea en pandemia. Luego de las pipas de las paces, o antes o después, toman clases de yoga. Ella entrena dos veces al día, él se muere de la envidia y la amenaza con el patriarcado que también ella lleva por dentro, porque la amenaza zigzaguea como ciclista en autopista, la autopista que cambió el nombre. Cambios de nombre que se explicarán en el futuro: pandémicamente hablando, primero se pone otro nombre y luego, digamos, le dan la pista norte a la tracción sangre. Quienes hurguen en la historia, pintarán de rojo rojito los memes vetustos y expuestos para la comprensión de esta forma de ser que estamos siendo, volcándonos a esperar una nueva normalidad que definen otros, y otras, en semanas locas y flexibles diluidas en otras semanas circunspectas, celebradas, reflexivas y participadas.

Los otros

“¿Estás?”

Él le envía esa pregunta, espera impaciente, ella lee, él sabe que leyó, ella no responde.

Responde.

Él no entiende, porque es un sticker.

Abre un bolso pequeño, saca la cajita, que en realidad es un envase de plástico que sirve, después, para guardar semillas de culantro. El chimó le oscurece la saliva, el espesor busca la tierra, la mancha se riega en riachuelos que siguen corriendo por el dorso de la mano, de cualquier mano, si se tiene la mano.

El estómago se empequeñece, negro también. La chimotera, con la cuenca común, no se ha dado todavía, porque al país entero se le atraviesa diciembre, y todavía son los menos los que piensan en el primer trimestre del dos mil veinte y uno; mareados, mareadas, con la confusión en los semáforos y los triciclos de plástico a 25 dólares, bajando de Ibarras a Madrices, sobrevivientes y sin vacuna, con tapabocas ilustrados, llegamos a una terraza en la que nunca antes había cagado otro ser vivo que no fuese un zamuro... o un gato.

Pero en estos días, alguien se hizo pupú en una de las mesas de cultivo. En una mesa que sembraron ella y él. Apenas estamos empezando. Desde aquí, desde esta terraza imposible antes de esta pandemia nuestra, se ve una Caracas que ya no tiene los techos rojos, ni rojos rojitos.

Reverdecerá y veremos.





FOTOGRAFÍA FRANCIS COVA

Somos seis almas en la casa, algunas en pleno torno de arcilla,
unas ya talladas, pero todas distintas al fin.



Francis Cova

Caraqueña y caraquista, nací un 15 de febrero de 1983, atravesada, como a la 1 de la tarde. Me crié entre Caracas y Tucupita hasta que decido estudiar, por casualidad, Comunicación Social en la Universidad Santa María. El amor por las letras y la escritura ya estaban e inicio labores en el Cenal (2016). Pero la candelita periodística me llama y entro a formar parte del periódico *CiudadCCS* ya desde hace 3 años. Combino el oficio ineludible de la escritura y la maternidad como bandera cotidiana

Familia: ¿Qué puede salir mal?

Francis Cova

A – te – rra – da. No lo niego y no me da pena confesar que cuando decretaron la cuarentena pensé en todos los escenarios posibles que podían desencadenarse en la casa de una familia que se halla en plena reinvención, en un “patas arriba”. Tocaba inventarse un ritmo y aceptar lo que en el fondo ya sabías: ser trabajólico es la posible evasión de vainas no resueltas en tu entorno.

Sin embargo, me divertí pensando que la pandemia nos agarró como en “un dos tres paralizado”, ¿en qué casa te habrá tocado agarrar la cuarentena?, ¿con quién? Gracioso y karmático.

Somos en casa: mis tres hijos (gemelos de 9 años y un adolescente de 15 años), mi mamá (adicta al gimnasio y al *fitness*) y, qué cosas de la vida, Felicia (una mujer de 66 años que es tía de todos nosotros y que es como un trozo de la tierra de mi infancia, Tucupita) y yo.

Qué bonito es todo en un comienzo, como los romances. Luego de la etapa del enamoramiento comienzas a tomarte en serio a Albert Camus cuando dice en su libro *La Peste*: “Lo peor de la peste no es que mata a los cuerpos, sino que desnuda las almas y ese



*Un día, al cuarto día, las tres mujeres coincidimos en la cocina y me di cuenta de que hacíamos lo mismo y chocábamos por lo mismo. A una le gustaba la comida *fitness*, a la otra un pescado frito con bola'e plátano y a la otra sencillamente cualquiera de las opciones, pero ninguna cedía el control de las hornillas. Digamos que uno está hecho de partes pero de partes contrahechas”*

espectáculo suele ser horroroso”. Perdón si la cita parece negativa, pero de lo oscuro nace la luz. Somos seis almas en la casa, algunas en pleno torno de arcilla, unas ya talladas, pero todas distintas al fin.

Un día, al cuarto día, las tres mujeres coincidimos en la cocina y me di cuenta de que hacíamos lo mismo y chocábamos por lo mismo. A una le gustaba la comida *fitness*, a la otra un pescado frito con bola'e plátano y a la otra sencillamente cualquiera de las opciones, pero ninguna cedía el control de las hornillas. Digamos que uno está hecho de partes pero de partes contrahechas.

Seguía pensando que apenas iban cuatro días y ya nadie disimulaba nada, pero en ese no disimular, en eso que Camus llama

“espectáculo de almas desnudas”, descubrí que mi madre está en contra del aborto y está bien; que a Felicia la ansiedad se la lleva por los cachos todos los días y reza mucho y está bien; que mi hijo Arturo, de 15 años, muere por tocar el órgano, pero la adolescencia es una vaina seria, y está bien; que los gemelos Pablo y Emiliano ya usan wasap y están en no sé qué Tik Tok porque quieren ser *youtubers*, en verdad no sé si eso está bien... (risas)

Una casa es una casa con las almas desnudas, si no, no es.

Felicia, la tucupiteña, llegó sin saberlo en un momento único y oportuno. Ha vaciado la casa de las cosas viejas, ha aligerado ciertas cargas, ha hecho recobrar “el buenos días” entre todos. A Felicia la agarré un día en la cocina y nos pusimos a aprender a escribir y a leer con una cartilla Palmer que le llevé. Se ríe cuando cuenta que mi madre y sus siete hermanos le quitaron el gorro en plena fila de la escuela, después de que dormida la trasquilaron... y más nunca quiso ir al colegio.

Como dice Martin Hopenhayn: “Uno quiere conciliar los distintos unos dentro de sí”.

En el imán de la nevera puse un papel con los días de cocina de cada una de las mujeres que allí estamos, un día comemos *fitness*, otro día chicharrón, un día ranchera, otro día reguetón, y así...





FOTOGRAFÍA JACOBO MÉNDEZ

La cuarentena radical tomó por sorpresa a todas y a todos en especial a los pequeños de la casa.



Marlon Zambrano

Caracas, octubre de 1971. Periodista de la UCV y Magíster en Comunicación de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de: *El San Pedro de Guatire, de la tradición ritual al espectáculo urbano* (ensayo); *Temporada de Huracanes* (poemario) y *Caracas para principiantes* (recopilación de crónicas urbanas). Fundador del periódico cultural *Tere Tere* (Premio Nacional de Periodismo 2005). Cronista de *Épale* CCS desde 2015, Premio Nacional de Periodismo 2020, y articulista de diversos medios impresos y digitales dentro y fuera del país.

El milagro del pan

Marlon Zambrano

Llega el día inesperado, cuando has trajinado ya todos los caminos expuestos por los bucles binarios de la Matrix, en que formulas abiertamente la gran pregunta: ¿salgo a comprar pan?

No es una inquietud trivial ni aleatoria. Se trata, en última instancia, del susurro del hambre. El eco sordo de nuestro compromiso ancestral de proveer el alimento a las crías en el nido, que esperan con el pico alzado a que regreses y regurgites tus efluvios cargados de nutrientes.

En la edad de oro del coronavirus, en medio de la madre de todas las cuarentenas, se te ocurre el formulismo porque ya no hay harina para la arepa, se acabó la leche para la avena, no hay arroz ni maíz para el carato, mucho menos fororo o gofio. No seas sifrino, no sueñes con Corn Flakes.

Sí, es una celada del destino que inquieta tu corazón, un miércoles a las 8:30 de la mañana, 213 días después del decreto de emergencia sanitaria.

Miras para los lados y no ves a nadie. La madre y los hijos siguen rendidos en los brazos de un sueño balsámico, luego de la batalla



‘Metro y medio es lo que nos falta para un abrazo’, meditas antes de salir de casa. Metro y medio de un beso, del roce, del tropiezo, de la mirada que inquiere’.

campal de las tareas en casa que arrancó de nuevo para el período 2020-2021, esa guerra sin cuartel que declararon las maestras confabuladas con el dios de la venganza y que los confina hasta la media noche en esa rutina neurótica de acumular tareas en un portafolio que terminan haciendo los padres, al borde del suicidio. Calculas: hay tres panaderías cerca. Cuento con gel antibacterial y tapaboca, o «barbijo», como lo nombran en algunos países «hermanos» del sur. Hay suficiente compromiso con el distanciamiento social.

«Metro y medio es lo que nos falta para un abrazo», meditas antes de salir de casa. Metro y medio de un beso, del roce, del tropiezo, de la mirada que inquiere.

«Ey, no es que vas a besar a nadie, solo vas a comprar pan» te reprochas. El pan que sacan a las 10 en punto y se acaba dos minutos después. El pan que alguien, delante de ti en la cola, compra

con espíritu pandémico, como para alimentar Manhattan o Haití, y se deshace en las manos de los necesitados que también tienen hijos para regurgitar.

«La curva se aplana, quédate en casa», te llega un mensaje por wasap. Hay países donde ni pan ni agua, mientras los pobres caen por el hambre que resulta más letal que el covid-19, te reclama tu conciencia herida.

En Estados Unidos los están apurando para que expongan pronto su pellejo a la maquila. En Europa no saben qué razón imponer para echarlos de nuevo a la calle a alimentar las industrias de fabricar excesos para el consumo. En Nuestramérica profunda los dejan dormir el sueño eterno, sin siquiera proteger sus cuerpos del escarnio en la vía pública.

Aquí nos llaman por teléfono, nos pasan un mensaje, o nos van a buscar directamente a casa, si es que somos sospechosos de contagio. De dar positivo, te hacen el test de despistaje rápido cuyos resultados, siete minutos exactos después, te grita la voz guapachosa de una morena de Cienfuegos, que te habla como cantándote un bolero: «Negativo asere, qué bolá».

Me enfundo unos guantes de látex, me ciño la mascarilla y lentes oscuros para que el virus no sepa que estoy mirando, y remato con una cachucha conjurada de Los Tiburones de La Guaira, hasta adquirir el aspecto sospechoso de un Robocop desclasado. Agrego, además, un librito de Cortázar por si mi tiempo en la es-

pera se prolonga demasiado.

«Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento» expuso en su glorioso texto *Medio pan y un libro* el aséptico García Lorca, antes de caer abatido por las terribles balas del fascismo, que es otra forma de pandemia. Casi me convence, aunque medito: «Bueno, sí, el libro, medio pan. Pero ¿y mis chamos, cuando pidan el condumio?». Me arriesgo, ungido por el santo niño del jabón azul, y salgo de cacería sobre esa explanada salvaje de afuera, donde después del mediodía te barren con hipoclorito.

Me abro camino sobre lo que imagino son millones de animalitos microscópicos que me acechan y persiguen de aquí a la panadería, esperando un descuido para colarse por mis pulmones y truncarme la respiración hasta la asfixia.

Avanzo, dando brazadas entre esas burbujas coronadas de espigas, forcejeando con la nada, hasta llegar a destino muy despacio, como en cámara lenta, para lograr cuatro canillas flacas y enjutas por un ojo de la cara.

Con la misma intensidad me devuelvo caminando sobre el asfalto ardiente y solitario de los apocalípticos días que corren, sacudido por la brisa huracanada que ha avivado los incendios forestales, ha cincelado halos místicos alrededor del sol, y ha introducido en la noche una luna rosada y llena que nos ha sonreído, burlona, en medio de los calores infernales del claustro.

No conforme, la rutina de ingresar a la que creías tu casa, se materializa solo después de una meticulosa desinfección a fondo, vaporizador de cloro en la suela de los zapatos, despojo esencial de toda la indumentaria expuesta, casi hasta los interiores, y el baño urgente y rapaz con suficiente jabón frotado hasta que haga espuma.

A veces es tan simple el desenlace de las cosas. Tanto, que hasta cuesta creer que luego de jurar que nos estábamos jugando la perpetuidad de la vida en la tierra, enfundados en la distopía de un Mad Max pobre para comprar el pan el día del fin del mundo, tras luchar contra los zombis, la mamá de las criaturas ya había resuelto todos los dilemas de la evolución humana con unas panquecas de batata bañadas con sirop de papelón.

Y se atreven a defenderse los niños, desde la beatitud de su mal aliento de recién parados: «¡papi, es que teníamos hambreeeee!».





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Mercado de Las Flores, San José de Cotiza



Tatum Gois

Caracas, septiembre de 1974. Periodista de la UCV y diseñadora gráfica, con estudios sin terminar en el Centro de Diseño Digital. Publicista frustrada; formada para diseñar medios impresos en los tres diarios de la hoy extinta Cadena Capriles: *Últimas Noticias*, *Líder en Deportes* y *El Mundo Economía y Negocios*. Curiosa, creativa, temperamental y siempre buscando hacer cosas nuevas. Trabajé con Mercedes Chacín, donde sea que ella me convocara. He sido la creativa responsable de esta *Librería Digital CCS*.

Convivir con el miedo es lo más difícil

Tatum Gois

No voy a negar que añoraba poder dormir mucho y que soy más casera que un tuqueque. Pero desde el 13 de marzo algo nos hace percibir la casa como prisión: El miedo.

Lo que hace angustioso el estar en casa es la incertidumbre. No saber cuándo pasará, no tener claro, de dónde vamos a sacar comida, ni cuánto tiempo el Gobierno podrá garantizar alimento a todos si esto se prolonga hasta septiembre. Desde hace 2 meses convivo con mi hermana y su hija de 15 años, y me encanta.

Me encanta que puedan estar conmigo, y sentirse cómodas. Sin embargo, desde el 13 de marzo el panorama es distinto. En la habitación de mi hermana se instaló el miedo y la atormenta. La atormenta saber que está en un grupo de riesgo, porque acaba de superar un cáncer metastásico de mamas y ganglios y siempre tuvo una salud frágil. Además es una mujer nerviosa. En nuestra adolescencia a mi herma no la peló ninguna eruptiva. A mí en cambio sólo me dio lechina –y por loca-. Tenía una cita y las piernas peludas... ella siempre ordenada y previsiva sí tenía afeitadora y lechina. Yo que soy todo lo contrario, no tenía ni lechina ni



Desde la llegada del covid-19 la vida es diferente. No me quejo de mi hermana sino de sus manías. ¡Dios! No es fácil sobrellevarlo, pero como en todos los escenarios, la clave son los acuerdos”.

afeitadora. Tenía una cita. Era urgente rasurarme, ni modo. Se la robé. Pasé toda la cita con fiebre.

Siempre he sido un desastre total. Mi hermana no. Desde hace rato, no la contradigo, la considero demasiado. Ella es una dragona de fuego y me encantan los dragones. Son maravillosos prodigando cuidados, a pesar de no ser muy cariñosos. Mi herma lo controla todo aunque no lo parezca, y es mejor no enojarla porque escupe fuego. Siempre he sabido llevarla, porque respeto su espacio en todo sentido. Es irascible, y desde que enfermó se me olvidó cómo llevarle la contraria, aunque me agobie. Sencillamente no puedo hacerlo. Le gusta vivir en una casa bonita, y se ocupa de mantenerla así, yo sólo le obedezco.

Cuando se mudaron hasta una cama y un sofá nuevo me regaló, porque mi casa era un desastre por extensión. Pero con miedo, mi

herma es otra, es más difícil de llevar. Desde la primera cadena entró en pánico. Ha sentido los síntomas un par de veces. En ambas ocasiones la he tranquilizado con información comprobada y se le pasan los síntomas. Desde la llegada del covid-19 la vida es diferente. No me quejo de mi hermana sino de sus manías. ¡Dios! Mi sobrina, cuya rebeldía secretamente secundo, y yo entramos en RPH (régimen de permanencia en el hogar), tenemos que bañarnos todos los días, lavarnos las manos compulsivamente. Y escondernos para tocarnos los ojos o la nariz. Además de limpiar y recoger la casa todos los días como si fuera fin de año. Eso es extremo, la pulcritud así, es extrema pero es. He sido designada como la compradora familiar. ¡Qué peo volver a entrar!... Debo desnudarme en la puerta. Colocar los zapatos en un recipiente con cloro la ropa en un tobo. No puedo tocar nada. Y tras lavar las llaves y las puertas, debo quitarme el tapaboca y los guantes, desinfectar la compra y pasar directo al baño. Sólo entonces vuelvo a ser su hermana. Para completar, tengo 2 perras y 2 gatas. 4 malandras híper consentidas, que están encima de mí todo el tiempo. No ha sido fácil sobrellevarlo, pero creo que como en toda relación la clave son los acuerdos.





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Pueblo haciendo sus compras y cumpliendo las normas de bioseguridad en el mercado mayorista de Coche.



Jessica Dos Santos

Nací en la Caracas de 1989. Egresé como Licenciada en Comunicación Social de la UCV. Obtuve el componente docente en el Pedagógico. Me desempeño como periodista, cronista y profesora universitaria. He ejercido en *RT* en Español, *la Radio del Sur*, *Épale CCS*, entre otros. Parí un libro llamado *Caracas en Alpargatas*. Fui ganadora del Premio Aníbal Nazona 2014, mención impreso, y merecedora de una mención especial del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, mención radio, en 2016 y 2018.

En mis propias carnes

Jessica Dos Santos

El viernes 7 de agosto un dolor de cabeza me inmovilizó por casi tres días. Pensé que se trataba de un episodio de migraña motivado por la arrechera que agarré al ver que me se dañó la lavadora y el fregadero al mismo tiempo y justo el día que llegó el agua.

El lunes en la tarde, después de mucho aguante, bajé al Farmatodo más cercano en busca de algún analgésico:

“Señorita no la puedo dejar pasar, usted tiene 38 y medio de fiebre”, me gritó la portera, cual balazo, con su pistolita aún apuntando a mi frente.

La gente de la cola, la misma que no respetaba el metro y medio de distancia aunque le colocaron la señalización en el piso, brincó hacia atrás y me mentó la madre de diversas formas.

Me fui cabizbaja, aturdida, apenada:

“¿Fiebre? Pero ¿cuál fiebre?”, pensé de forma reiterativa.

Subí a casa, verifiqué mi temperatura con un antiquísimo termómetro de mercurio, cual vieja prematura que en medio de su desesperación alcanza a pensar “no vale, qué fiebre nada, eso son esas vainas digitales que no sirven pa’ un coño”. Pero mi reliquia



¿Cómo es posible que no pueda ni percibir que se me están quemando las arepas?, me recriminaba a mí misma, como quien no valora sus sentidos hasta que desaparecen y no encuentra cómo hacerlos volver”

me arrojó los mismos 38 grados con cinco rayitas más. Les notifiqué a un par de personas y me encerré.

Tres días más de fiebre, el dolor muscular se extendió incluso hacia aquellas partecitas del cuerpo que una no sabe que existen hasta que empiezan a joder y, de repente, el dato revelador: no me olía ni el jabón Harmony ni el perfumito 212 de Carolina Herrera que llevo años estirando. El gusto también se esfumó: tomar café era como beber agua hervida... y así la vida tenía menos sentido. Esto, en algunas ocasiones, me atormentó o desesperó más que el propio malestar. Me sentía absolutamente indefensa:

“¿Cómo es posible que no pueda ni percibir que se me están que-

mando las arepas?”, me recriminaba a mí misma, como quien no valora sus sentidos hasta que desaparecen y no encuentra cómo hacerlos volver.

La consulta médica de rigor confirmaba el cuadro: covid-19. Y la recomendación “Quédate en casa” siguió aplicando aún después del contagio.

“Tú vives sola. Si no tienes problemas respiratorios, permanece ahí, tranquila”, me dijo la doctora.

Siguió un coctel de medicinas, caldos de pollo, limonadas calientes, jugos, gárgaras, inhalar el vaporcito del agua con eucalipto, obligarme una y otra vez a mantener la calma. Pero, no, no podía. Noche tras noche, mi mente trazaba una especie de ruta de mis semanas previas intentando dar con el contagio, pero yo solo había salido a comprar comida un día y a echar gasolina otro. Siempre con tapaboca y rociando alcohol por todos lados cual loca en potencia.

“¿Cómo me pudo pasar esto?”, me preguntaba a cada instante. Tuve miedo por los otros, temí haber contagiado a algún vecino en el ascensor y casi no dormía pensando en el técnico que vino ese primer día, cuando el dolor de cabeza aún era incipiente, a revisar mi lavadora. De hecho, el hombre debió pensar que yo quería entablar un romance con él, porque le escribí durante toda una semana, para saber cómo estaba, qué tal me lo trataba la vida, cómo andaba esa temperatura corporal, si por casualidad le dolía algo y “mira, chico, ¿tú no tendrás ganas

de hacerte una pruebita rápida?”.

Sí, intenté llevarlo con humor, pero en mi pecho había una molestia permanente, una suerte de puntada profunda que lo hacía todo más preocupante. Tuve algunos ataques de pánico. El más jodido ocurrió el día que vi por TV los homenajes póstumos a Darío Vivas: “Marica, te vas a morir, acá, sola, como una pendeja”, pensé, y de repente me descubrí llorando. Entendí que debía alejarme de los medios y aferrarme a mis afectos aún en la distancia: “¿Cómo estás, hija? ¿Cómo te sientes?”, me preguntaba mi madre cada tantas horas del otro lado del teléfono.

“Bien, mami, algo cansada”, respondía yo, sintiéndome como la mierda, pero evitando a toda costa que su instinto maternal la hiciera aparecerse en mi apartamento con un coñazo de brebajes mágicos.

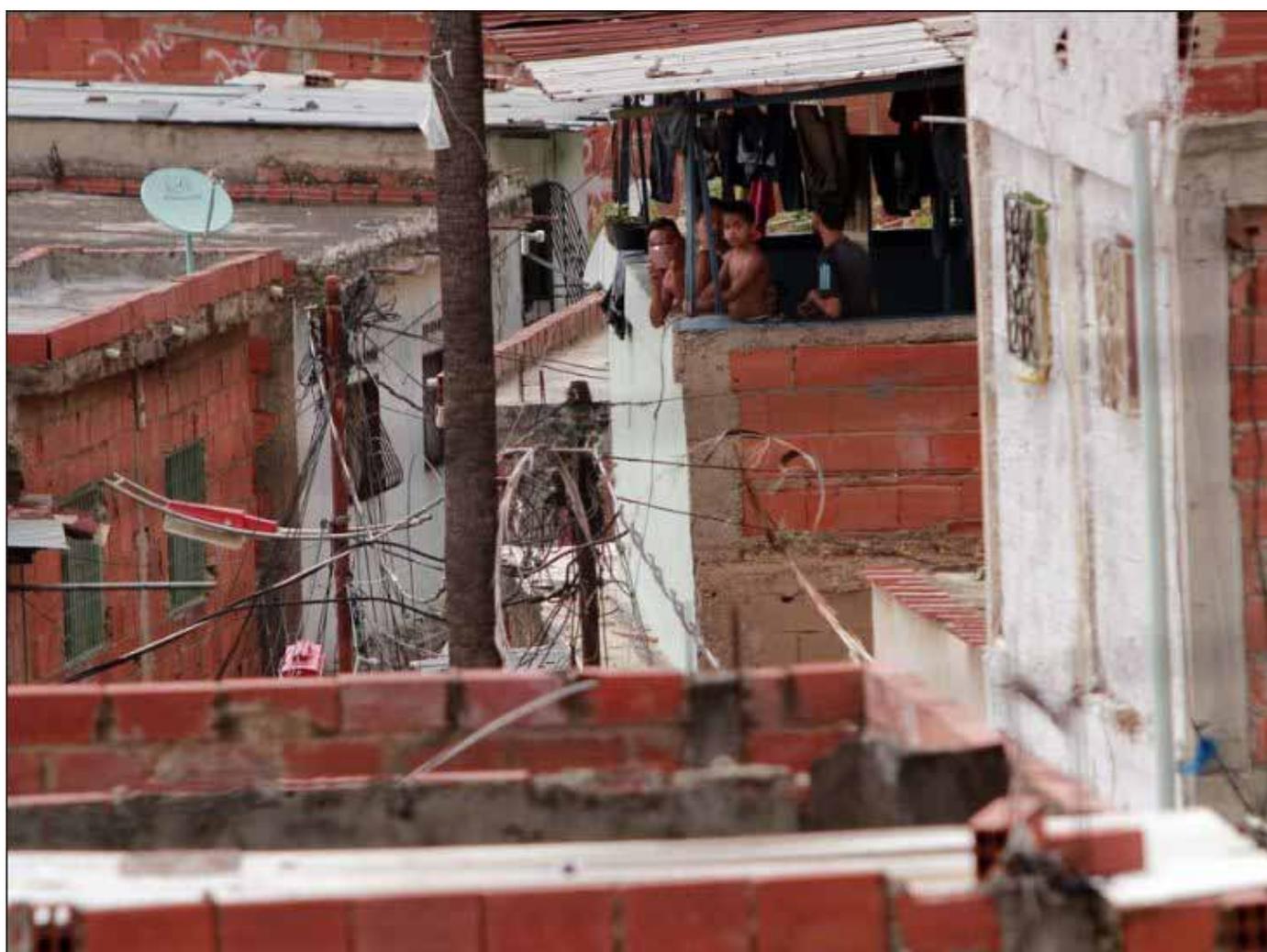
Mientras, en las llamadas médicas de rigor se hacía énfasis en mi respiración, a fin de calcular si necesitaba o no que me trajeran oxígeno. La sola idea me daba escalofríos. Pero mis pulmones se mantuvieron firmes. “De algo tenía que servirme hacer deporte”, pensaba con alegría, aunque minutos antes, a pesar del ejercicio y mi alimentación saludable, me sintiese tan mal. Tener coronavirus también es eso: un sube y baja emocional.

De hecho, durante mi encierro solía encaramarme en mi pequeño ventanal para intentar sentir algo de sol en mi piel. Entonces, solía ver en el patio interno de mi edificio a seis muchachos jugando futbolito, sin tapabocas, felices, y la verdad yo los envidiaba y

odiaba en igual medida: “¿Cómo pueden ser tan irresponsables? ¿Por qué no les da coronavirus a ellos sino a mí que me cuidé tanto?”, pensaba. En esta pandemia, como en la vida misma, algunos no aprenden hasta que no les toca en carne propia.

Tres semanas después, cuando por fin salí de mi apartamento, vi la alegría en los ojos de las vecinas mayores que estuvieron pendientes de mí a cada instante. Pero también vi el asco de un par de jóvenes que se negaron a montarse en el ascensor con “la enferma del 11”, o sea, yo. Me repetí: en esta pandemia, como en la vida misma, algunos no aprenden hasta que no les toca en carne propia. ¿O será que sí?





FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

En el barrio Marín la gente también hizo registro fotográfico y audiovisual desde sus ventanas ante la situación tan inusual de la pandemia del covid-19.



Gabriel Jiménez Emán

Nací en Caracas en junio de 1950. Mi infancia discurrió entre la montaña y el mar; después, cuando mi adolescencia me dejó, me fui a Mérida a cursar estudios de Letras en la ULA donde conocí a muchos escritores, artistas, músicos y poetas que me nutrieron con sus vivencias y sus libros, canciones, películas y cuadros. Comencé a escribir como un loco, sin parar, para que mis amigos me pusieran atención, y para que las mujeres me admiraran y amaran. He publicado cuentos, poemas y ensayos que se pueden hallar en libros, revistas y otros en la red Internet.

Un café en el fin del mundo

Gabriel Jiménez Emán

Aquella mañana, luego de un denso y agitado sueño, desperté con una extraña inquietud, pues no había descansado en verdad; me sentía dominado por una sensación de agotamiento, como si hubiese realizado un enorme esfuerzo físico. Lo único que había hecho era dormir y ahora me dirigía con el cepillo de dientes y el jabón hacia el lavamanos, donde me enjuagué la boca y me refresqué el rostro. En los últimos días me había dado pereza rasurarme; así que la barba me había crecido hirsuta por las mejillas y la nuca y mi rostro reflejaba en el espejo lo que en verdad era, ni más ni menos, sin lociones o afeites para lucir mejor, sino tal cual me sentía por dentro, con una especie de indiferencia, aburrido, hastiado, aunque con mis funciones físicas y sensoriales dentro de rangos que pudieran calificarse de normales.

Luego de refrescarme un poco dispuse todo para salir de la modorra y preparar el café, mientras me dirigía semidesnudo hacia la ventana a dar una mirada a las calles, donde se armaba un paisaje de desolación pocas veces superado en otros años. Las personas usando tapabocas éramos sobrevivientes de la última



Las relaciones entre esta vergonzosa raza que llamamos humana se había reducido al uso de teléfonos y pantallas, a medios digitales que poco a poco se habían ido imponiendo a la comunicación directa. La verdad es que con el tiempo me he venido sintiendo mejor así, solo, sin contacto con los demás, estoy mejor con mi gato y mi perro y esa pequeña salamandra que trepa por las paredes del apartamento”

pandemia de un virus que había arrasado con una buena cantidad de seres humanos en todo el planeta. Estábamos en el octavo mes de una cuarentena que se había decretado país por país para tratar de frenar los contagios. La cifra de víctimas se me había olvidado y en el fondo ya no me importaba, pues todo aquello parecía tan normal. Tropas de policías y personal médico recorrían las calles tratando de hacer cumplir la cuarentena, pero esto era ya casi imposible. En meses pasados desde la ventana vi caer a algunas personas muertas, luego los cadáveres eran arrastrados a las orillas de las aceras y luego retirados de ahí por camiones especiales, para luego ser llevados a fosas comunes; en algunos

casos eran cremados y otros arrojados al mar para que terminaran de descomponerse. Muchas gentes venían de otras ciudades y terminaban por contaminarse todos. En las fronteras con otros países se habían apostado policías y francotiradores para impedir que llegaran más personas; los que no lograban pasar se quedaban atrapados en bosques, quebradas o barriales, porque la carencia de combustibles era notoria y los buses y automóviles eran abandonados en carreteras.

Las relaciones entre esta vergonzosa raza que llamamos humana se había reducido al uso de teléfonos y pantallas, a medios digitales que poco a poco se habían ido imponiendo a la comunicación directa. La verdad es que con el tiempo me he venido sintiendo mejor así, solo, sin contacto con los demás, estoy mejor con mi gato y mi perro y esa pequeña salamandra que trepa por las paredes del apartamento. Por fortuna, ni el gato ni el perro están pendientes de devorarse entre ellos ni en perseguir a la salamandra; más bien entre los tres se han hecho más amigos de lo que hubiese podido imaginar. Al principio, tenían sus diferencias y se peleaban a veces por la comida pero ya no lo hacen, pues también se hallan dominados por el tedio. Los humanos desde hace tiempo parecemos haber perdido el derecho a la felicidad; quizá porque hemos violado casi todas las reglas de convivencia, mientras que las plantas y los animales merecen una segunda oportunidad, ya que posiblemente nuestra especie va a ir desapareciendo para permitir mejores formas de vida, si es que todo esto va a ser

arrasado por la pandemia.

Aún disfrutamos, en estos edificios medio despoblados, de algo de energía y agua. Y en los abastos cercanos tenemos acceso a algunas hortalizas, frutas o legumbres que traen desde el campo algunos camiones. Ocasionalmente llega el agua potable, trozos de queso, harina, huevos, arroz o café (lo más costoso), todo racionado y a precios exorbitantes, que día a día crecen y hay que pagar con dinero electrónico, con las sumas irrisorias que depositan las empresas e instituciones donde muchos burócratas hemos trabajado por años. Soy un jubilado del Estado como profesor de arte. Mi mujer murió hace unos diez años antes de declararse la peste, y mi única hija se fue lejos de este país al cual no quiero ni nombrar, con su propia familia, primero al Japón y luego a Italia, pero ya han dejado de escribirme y yo también a ellos. Quizá me crean muerto. Su marido también murió infectado por la pandemia.

Al principio pensé que no iba a soportar todas estas molestas situaciones, pero me he ido habituando a esta existencia anodina, como un animal de costumbre. Total, ya he vivido infinidad de situaciones amorosas y sensuales, situaciones con mujeres de todos los colores; situaciones de pasión, odios, celos, ternura o deseo, pero ya estoy más tranquilo llegando a los setenta. He logrado apaciguarme un poco y sólo busco una relativa tranquilidad, con mi botella de vino o aguardiente, mi pan y mi queso, mi trozo de embutido sazonado con especias o pimienta, mi café, mi tabaco rústico y ocasionales tragos de cerveza, leyendo mis

viejos libros y escribiendo cosas que posiblemente se parezcan a la poesía, mientras comparto las migas de mi pan y las sobras de mis alimentos con mi gato y mi perro, mientras la salamandra se desliza por las paredes, yo me bamboleo en mi hamaca y disfruto de algunas ráfagas de brisa que entran por la ventana.

Continúo mirando por la ventana; siguen pasando seres con tapabocas. Una mujer con su pequeña hija, una mujer joven de grandes pechos y cabello negro va cruzando la calle: me la imagino desnuda en un flash de tiempo; un hombre más viejo que yo va paseando a su perro flaco; un niño en una bicicleta y otro jugando con una pelota. Los automóviles yacen abandonados en algunas calles debido a la falta de cauchos, repuestos o combustible. La gasolina y el agua han pasado a ser líquidos y fluidos de lujo. La gasolina sólo para vehículos colectivos o del gobierno nacional o estatal. Los obreros y funcionarios estatales se han convertido en los manipuladores de la realidad económica, formando mafias en todas partes para vender a altos precios el agua y los combustibles, junto a traficantes de drogas. A veces aparecen por aquí cerca los mafiosos en sus lujosos automóviles, acompañados de bellas mujeres que como carnadas sexuales se pasean por las avenidas. Quienes antes recibían el título de ciudadanos ya han desaparecido; sólo se aprecian seres trasladándose de aquí para allá en la selva de asfalto, hombres lobos de hombres, luchando por sobrevivir en este último resquicio de vida.

Ya no hay nadie más en mi campo visual, desde el apartamento.

Afuera bate una brisa hosca, pesada, mezclada a un sopor vaporoso que se funde a una luz opaca. Un perro ladra en la distancia; allá lejos se divisan algunas colinas reseca y en el cielo se apelotonan las nubes, mientras un zamuro planea por el cielo como un fantasma alado, haciendo círculos. Cuando ellos vuelan así siento que estamos viviendo como el coletazo del apocalipsis, después de las guerras libradas durante tantos siglos con aviones, cohetes, misiles, drones, satélites, clones, robots y tantos otros aparatos de la era digital, pues nada ha podido renacer con dignidad en este basurero de sueños, donde las ilusiones y las utopías han ido a parar a un gran depósito cibernético cuyo destino es el viejo mar, todo este despojo de esperanzas ha marchado hacia el gran océano de la muerte. Aunque la muerte tampoco tiene ya ese signo patético de antes de la peste; la muerte es sólo un fenómeno común y corriente, una consecuencia inevitable de la vida y más bien se presenta a veces como una liberación, un alivio. El asunto en el fondo no es lo que ella significa, sino lo que implica el acto de morir, de que acabe la existencia después de tanto esfuerzo por vivir, es decir, evitar que cese, cuestión por demás imposible. Entonces, ¿de qué preocuparse? Todas las preguntas y todas las respuestas son válidas, porque son absurdas. En todo caso, no hay mucho en qué pensar, sino más bien conformarse en el contemplar. Ver sin pensar. ¿Qué sentido tiene pensar en el no-existir si no estamos aquí para constatarlo? ¿Qué sentido tiene pensar en algo sobre lo que está impedido pensar porque justamente es nuestra propia ausencia lo que piensa? Olvidemos

pues toda esta patraña de la muerte, que en todo caso se traduce en lo que ahora contemplo por la ventana, esta nada del azul del cielo, esta distancia de los montes casi invisibles al final del paisaje, esa otra presencia al otro lado del horizonte. La alteridad de la muerte. Somos nuestros propios verdugos ahora, y entonces simplemente no tenemos que preocuparnos por nada cuando la muerte llegue tan serenamente, como cuando yo estoy en un momento así mirando por la ventana y percibiendo seres que cruzan calles con tapabocas, hombres, mujeres y niños yendo por ahí todo el día de un lado a otro buscando alimentos o agua. A esto parece reducirse todo, a la sobrevivencia.

Debo ir a hacer lo mismo. Ya casi no queda nada en el refrigerador ni en la despensa. Debo proveerme de algunos víveres, siempre los mismos. Mis desgastados dientes ya casi no me responden para morder ni mascar cosas duras. Después debo imponerme volver aquí a comenzar a construir mi ilusión de todos los días, como si fuese un lento trabajo de rompecabezas, y sin el cual ya no sería justificable vivir. Después de adquirir los víveres debo hacer un plan para acercármele y proponerle algo a esa mujer. Desde que me crucé con ella en la bodega de víveres advertí algo distinto dentro de mí, que algo ínfimo pero decisivo había ocurrido, no sabía qué, algo había cambiado. Sucedió exactamente hace una semana.

Ella dejó caer su bolso de compras vacío, mientras levantaba el brazo, y yo por cortesía me incliné a recogerlo. “Gracias”, me dijo ella a través del tapaboca. Tiene bellos ojos, ciertamente. Unos ojos

pardos de grandes pestañas coronados de cejas gruesas. Estaba delante de mí en la cola de pagos, donde pude calibrar también la belleza de su cabello negro y ondulado, que brillaba con matices maravillosos. También pude percibir el aroma que emanaba de su cuerpo, el perfume natural de su piel, sus brazos redondos, sus manos pequeñas de cuidadas uñas pintadas de anaranjado; sus pies calzando sandalias de cuero que dejaban apreciar sus hermosos dedos; en fin, aquella mujer era una pieza de arte.

Pagó con su tarjeta la cuenta al cajero. Luego se dirigió un momento hacia otra parte de la tienda; yo pagué la cuenta mía y, apenas me dirigí a la puerta, ella me salió al paso.

–Disculpe –me dijo. Me llama la atención su reloj. Mi padre tenía uno igual. Si no me equivoco, es un Tissot del siglo veinte.

Yo, completamente asombrado, logré mascullar unas palabras a través del tapaboca, por aquella observación.

–Exactamente. Es un Tissot que me obsequió mi padre el siglo pasado.

Sus ojos brillaron. Salimos juntos por las puertas del establecimiento, ella primero que yo. Una vez afuera, y para mi sorpresa, la mujer se despojó del tapaboca dejándome apreciar toda su radiante sonrisa, sus labios carmesí y sus dientes perfectos. Era una deidad, sencillamente. Me despojé del reloj y se lo pasé para que lo apreciara.

–Qué casualidad tan maravillosa –atiné a decir. Para celebrarlo, la invito a tomar un café.

Ella sonrió con picardía y sus ojos brillaron aún más.

–Acepto, pero tiene que ser otro día –dijo, devolviéndome el reloj.

–Nunca la había visto antes por aquí. ¿Vive en el urbanismo?

–Sí, a algunas cuadras de aquí, con mi madre. ¿Y usted?

–Vivo cerca, en el bloque número uno, solo, o más bien con mi gato y mi perro. Por aquí cerca no hay muchos sitios donde sentarse a charlar. Y ahora con esta pandemia tan prolongada... y el café... ¿podiera ser pasado mañana? –le pregunté, haciendo gala de mi audacia de antaño. Seguramente ya había captado cuánto me atraía.

–Mejor la próxima semana –dijo ella.

–Mi nombre es Alfredo de La Mar –me adelanté a informar.

–Y yo Estefanía Martí –repuso ella.

–¿Tiene número telefónico? –proseguí yo con mi táctica de avance.

–No, no tengo, pero si quiere acordamos de una vez para el miércoles por la tarde en mi casa, pues no puedo dejar sola a mi madre. Pero nos vemos primero aquí, si le parece.

–Perfecto, entonces el miércoles...

–Me parece bien.

Se alejó sin mirar hacia atrás, y yo me le quedé viendo hasta que cruzó la primera esquina en la cuadra siguiente. Fue como una alucinación, algo emocionante en medio de una realidad mediocre y opaca. Me sentía bien. Me despojé del tapaboca y me puse a silbar. No podía contener la emoción.

Heme aquí ahora en la tienda de víveres, adquiriendo el costoso café y algunos panes dulces para llevar a casa de Estefanía, después de esta larga semana de espera, cuyos días he contado

sistemáticamente hora a hora, imaginándome las posibles conversaciones y situaciones en su casa, cómo será su espacio de convivencia con su madre, aunque estos bloques sean casi todos similares en los espacios, en este barrio desolado de la ciudad donde la vida discurre monótona, sin ningún suceso ni emoción especiales.

Poder verla de nuevo a ella me emociona. Estoy lleno de ilusión. Me había olvidado de que el ser humano puede levantarse de sus cenizas y emocionarse como un niño, y hasta él mismo queda sorprendido de sus propias posibilidades. Es algo extraño cómo opera el deseo, similar al caso de una esperanza concentrada en el beso a una mujer, un beso en esa dulce boca me haría renacer del aislamiento en que me encuentro. La apretaría entre mis brazos hasta que me dolieran, no sé qué pudiera pasar. Mientras tanto debo asearme y quitarme esta barba de días, lavar y secar ropa más presentable, planchar mis pantalones y mis camisas, lustrar mis zapatos. Tratar de verme elegante. Hasta pudiera leerle versos de una antología poética donde hay piezas de Neruda, Vallejo, Rilke, Verlaine. Me pregunto si será sensible a la literatura, espero que sí.

El día se me ha hecho largo pese a que es casi igual a los demás días donde leo, escribo algo, doy de comer a mis animales, limpio los pequeños desastres del departamento, uno mismo se encarga de fabricar sus minúsculos caos y luego quiere repararlos. Pienso

en Estefanía y en el objeto de su curiosidad, mi reloj Tissot obsequio de mi padre. Sin duda, un objeto interesante de otro siglo que aún sigue con vida, un objeto no muy común pero del que debe haber miles de réplicas aún, pienso, debido a su alta calidad, pero seguro sólo fue una excusa de ella para acercarse. Eso me gusta. ¿Qué habrá visto en mí, un viejo cansado y solitario? Pero así son las mujeres, antojadizas y de gustos absurdos.

Me preparo para la cita. Llega el día. Me doy un refrescante baño con oloroso jabón. Los silbidos surgen solos de mi boca entonando las melodías más alegres de los Beatles mientras vierto baldes de agua sobre mi cabeza, siento un refrescamiento real; el maravilloso líquido cae por mi cuerpo como una bendición, y me siento renacer.

Cubro después mi cuerpo con la ropa que he lavado y planchado, mis interiores, mis calcetines bien limpios, mis zapatos lustrados; le he sacado la última gota al viejo frasco de lavanda que dormía al fondo del escaparate. Me miro al espejo. No me veo tan mal. El viejo sesentón, el terrible Alberto de La Mar todavía se merece una oportunidad antes de viajar a las regiones insondables de la vida, antes de perderse en la memoria de la humanidad. Miro por la ventana y veo que dos personas se comunican sin tapabocas; el niño con la pelota y la niña con la bicicleta tampoco los llevan en este momento; ojalá algún día todo fuera como antes y el mundo pudiera estar libre de pestes, quizá la humanidad tendría la

posibilidad de reverdecer como reverdecen los árboles en primavera, con sus flores pretenciosas y sus olores embriagadores. Por la ventana imagino al mundo de antes, a las paradas de los buses llenas de gente para ir a sus trabajos, las tiendas repletas de gente contenta. Cualquier tiempo pasado fue mejor, dijo un poeta, y quizá tenía razón. Por un momento mi mente se dedicó a soñar por sí sola, sin la intervención de mi conciencia; mi imaginación prospectiva funcionó y hasta podría escribir una breve novela de todo esto, si me lo propongo.

Ahí voy, entonces. En mi bolso coloco el café, los panes dulces, un ramito de flores silvestres para Estefanía. El viejo Alfredo de La Mar intenta reivindicarse ante sí mismo, mi otro yo le está dando la ocasión. Mis pasos en las escaleras del edificio parecen como si resonaran con ecos extraordinarios; mi mente está despierta como si pudiera ver en el futuro. Siguen pasando seres con tapabocas en todas direcciones, parecemos todos engendros de una trama de ciencia ficción, de una novela de Mary Shelley donde la raza humana va desapareciendo y sólo queda un último hombre que me gustaría ser yo, en este caso, yo mismo yendo a encontrarme con el doctor Víctor Frankenstein para averiguar qué tipo de antídoto nuevo podemos fabricar para esta generación de nuevos humanoides que somos, qué engendros perversos han incubado en el nuevo modelo digital, en el nuevo ser global. Por ahí andan, o mejor andamos muchos por todos los rincones del planeta, quienes

existían sólo en las novelas o cuentos, ahora estamos encarnados en millones de individuos reales vagando por las calles sin ninguna esperanza. Los visionarios de la literatura se lo venían diciendo a los obtusos gobernantes de occidente, sobre todo, pero no hicieron caso. Aunque nada de eso importa, lo hecho, hecho está, y no hay vuelta atrás, aunque sí sea posible un propósito de enmienda. Esa mínima esperanza pudiera ser suficiente para que todavía la humanidad reflexionara como colectivo, porque los individuos solos no valemos nada ni somos nada.

Pero ya basta de especulaciones. Lo urgente ahora para mí es ir al encuentro de Estefanía. Allá diviso la tienda de víveres donde la aguardaré. Ya veremos. En estos casos el tiempo discurre cruelmente; se relativiza a lo sumo, se vuelve elástico semejante a una goma que se alarga y encoge y no hay modo de controlarlo, cada segundo es una eternidad. La hora acordada llega pero Estefanía no aparece, debo tener paciencia. Pasan diez, quince, veinte minutos y yo comienzo a hacer el ridículo. Hombres y mujeres con tapabocas pasan a mi lado y me observan como si yo fuera diferente, y mis nervios comienzan a hacer de las suyas. Dos personas se detienen cerca de mí a hacer comentarios acerca de las nuevas víctimas que cobra la pandemia en la ciudad, debido a unas personas que vinieron de la “hermana” república.

El miedo colectivo aumenta, aunque en esta ciudad, debido al calor infernal en que se vive, al virus le cuesta más propagarse. En

los teléfonos leemos las noticias de que la policía sigue mandando a cuarentena, y hay que obedecer si no quieres ir a la cárcel. La palabra virus ha pasado a tomar parte de nuestra cotidianidad; nos acostumbramos a ella y a la serie de circunstancias que la industria farmacéutica ha prometido curarla con una serie de vacunas, pastillas o tratamientos, cuyo objetivo final es quizá el control de nuestra privacidad e individualidad, de modo que casi nadie les cree a estos descarados comerciantes de la salud. La gente anda por las calles acostumbrada a la muerte, al miedo, han interiorizado el miedo al punto de que no les importa, ya casi nadie cree en clases sociales ni en obreros ni en proletarios ni en campesinos, pues el mito social se derrumbó, ya no somos más que sobrevivientes y como tales nos comportamos. Recuerdo cuando éramos ciudadanos, hace ya muchas décadas, y aunque el mundo no andaba muy bien y había fallas y equivocaciones en casi todo, nada se compara al desgaste completo que muestra el mundo hoy.

Aquí voy otra vez tras la esperanza de un nuevo enamoramiento; viéndolo bien, si de algo puedo enorgullecerme es de las bellas mujeres que se cruzaron en mi vida. A todas las quise a mi manera entregándoles lo que tenía a mi alcance y ellas también me quisieron a su modo hasta que los hilos se rompieron por algún lado, nada dura para siempre, y esta naturaleza de la existencia es tal vez lo que la hace indescifrable.

Ahí voy tras la ilusión de Estefanía, ella me ha vuelto a vivificar. Con casi media hora de retraso Estefanía ha hecho su aparición, esta vez aún más deslumbrante que la primera, viene con un vestido amarillo que deja ver las líneas sinuosas de su cuerpo, sus torneadas piernas, su magnífico talle. Su modo de caminar es completamente musical. Cada paso que da hacia mí me trae una palpitación emocionante. Ahora está plantada frente a mí y me tiende la mano, se despoja un instante de la mascarilla para sonreírme y esa sonrisa me lo dice todo. Le extiendo un pequeño ramo de florecillas silvestres y le anuncio que llevo café para compartir en su casa junto a su madre. El café ha estado muy difícil de conseguir y es por lo tanto muy costoso; casi no se halla en los establecimientos, es un producto de lujo. A mí me lo consigue un muchacho del barrio a quien he hecho algunos favores.

Estefanía me hace una seña para que la acompañe por una vereda que atraviesa varios edificios en este urbanismo semejante a una colmena de seres vivientes, de insectos bípedos en búsqueda de sobrevivencia, bloques de apartamentos donde a lado y lado se aprecian personas que se desplazan, cabizbajas, a procurarse víveres hasta cierta hora, pues hay una cuarentena declarada que casi nadie cumple, aunque la policía amenace con hacer presos a aquellos que desobedezcan si no cumplen con las normas.

A sólo cuatro cuadras se encuentra el edificio donde vive Estefanía, en un segundo piso del inmenso urbanismo. En el camino,

apenas llegué a preguntarle cuanto tiempo llevaba viviendo allí y me respondió que cuatro años. Su departamento está en un segundo piso. Mientras sube las escaleras puedo apreciar su imponente belleza en plano de contrapicado. Abre una puerta blanca y de inmediato salta un perro pequeño y peludo de raza irreconocible que emite un ladrido y va a recibirla. Es el mismo espacio de todos los departamentos, sólo que éste es mucho más acogedor que el mío, conformado con un recibo de cuatro sofás cómodos, una mesa comedor y una pequeña cocina. También hay un gato gris que pasa su cola por las patas de las sillas del comedor, y una señora mayor se halla sentada en uno de los sofás color vinotinto, por lo visto muy confortables. Ponemos los bolsos de la compra en la mesa del comedor y luego me invita a sentarme en uno de los sofás.

—Este es mi humilde hogar —dice ella despojándose del tapaboca. Todavía me parece insólito que esta cita se haya producido tan rápido y que yo vaya a charlar con la diosa en su propia casa. Me pregunta si deseo tomar un poco de agua y me extiende un vaso del preciado líquido, que ha extraído del refrigerador, y cuyos sorbos me saben a gloria, pues se trata del líquido por antonomasia en medio de la carestía general de productos de primera necesidad, donde el agua ha recibido la peor parte en esta guerra por la sobrevivencia.

De inmediato la mujer entrada en años se cambia de lugar, y va a

sentarse en otro de los sofás vinotinto. La señora, pese a su edad, se ve completa y también es muy hermosa. De tal palo tal astilla. Al instante aparece el gato gris que se orilla a sus pies, emitiendo pequeños bostezos. Me levanto del sofá a saludarla.

–Tanto gusto, Alfredo de La Mar –le digo.

–Mucho gusto, Josefina Martí –dice. Por cierto ¿ese apellido viene de dónde?

–Es de origen cubano, creo, o de las Antillas...

–Sí, claro, muy bonito ese “de La Mar” ¿Y sus familiares?

–Murieron todos –respondo tajante. –Pero no a causa de la pandemia –aclaro.

–Me comentó Estefanía que tiene un reloj Tissot del siglo pasado, muy parecido al de mi difunto esposo.

–Así me dijo Estefanía. Es una coincidencia algo especial.

–¿Me permite verlo?

–Claro –respondo, acercándome a ella.

Pongo la esfera del reloj cerca de su rostro. Ella abre más los ojos, acercándolos al objeto.

–Sí, en efecto, es el mismo modelo de reloj. Son objetos de muy buena calidad, hechos para durar siempre. ¿También es una reliquia de su padre?

–No. Lo compré en una relojería hace como treinta años. No es tan antiguo como parece.

–De todos modos, no es un reloj común. Creo que ya no los fabrican,

deben ser objetos costosísimos ahora –aseveró.

–Sí, es posible. La verdad, no se ven muchos de éstos por ahí.

–Fíjese usted –aclaró. Ese reloj los ha acercado a usted y a Estefanía. De no ser por él, quizás no estaría usted aquí.

–Sí, es verdad...

Estefanía estaba en la cocina arreglando algunas cosas y luego vino y tomó asiento en otro de los sofás, dando un pequeño suspiro. Cruzó las piernas y sonrió, mirando a los lados, haciendo un gesto con la mano izquierda para quitarse de la frente un delicioso mechón de cabellos. Estaba imponente. Una verdadera diosa.

–El señor de La Mar ha traído café de primera calidad y unos dulces –dijo Estefanía. Pronto estará listo.

El gato gris que estaba a los pies de doña Josefina se levantó y dirigió hacia mí, pasando la punta de su rabo por la superficie de mis pantalones; mientras el perrito que se encontraba en un rincón de la sala también se movió hacia donde estaba Estefanía.

–Yo también tengo en casa un perro y un gato –dije. Y se llevan bien, veo que aquí sucede lo mismo.

–Los animales son muy importantes –aclaró Josefina. Nos ayudan a tolerar los días.

–Sí, la vida es corta. Y sin embargo nos aburrimos –intervine.

–Qué bien expresada está esa frase. ¿Es suya?

–No. Es de Jules Renard, escritor francés.

–¿El de *Pelo de zanahoria*?

–Sí, ese mismo. También escribió un diario muy interesante.

–Veo que es buen lector –dijo Josefina. Nosotros también amamos la lectura ¿verdad Estefanía?

–Sí, y mucho...

–Yo en mi juventud tuve ínfulas de escritor –dije. Pero se necesita mucha disciplina. Así que me quedé en el nivel de lector y en el de poeta amateur. Ah, se me olvidaba, aquí traje un volumen de poesía con varios autores, por si queremos leer unos versos más tarde.

–El café debe estar listo –dijo Estefanía, cuyo cuerpo parecía una escultura renacentista, una venus. De su rostro emanaba una frescura permanente, con aquella sonrisa que era una invitación a vivir. Se levantó del sofá y se dirigió a la cocina para servir las tazas del café. Yo me levanté a ayudarla. En la cocina había un micro-ambiente propicio, una intimidad que se fabricó de inmediato para nosotros dos, la tuve más cerca, la miré fijamente y ella dejó de sonreír y me miró con un intenso deseo, de sus mejillas exhaló un calor que era como un fuego abrasador, una llamarada intensa y maravillosa.

Colocó los panecillos dulces en otro plato, los cuales conduje hasta las manos de doña Josefina en el sofá, mientras Estefanía repartía las tazas de humeante café.

No había probado algo así, era algo distinto, exquisito. Los panecillos dulces también, pero aquel café superaba todo. Jamás mi

paladar probó algo similar, un sabor que se esparcía por los espacios de la boca y subía por la cabeza en oleadas de sabores sutiles y múltiples, una droga que te sacaba de la realidad inmediata y te hacía subir hacia estadios indescriptibles.

–Estefanía prepara el mejor café del universo –dijo Josefina. Puede usted jurarlo.

–Es algo sublime –acerté a decir. No se puede describir.

Mis sentidos se aguzaron, y mi mente estaba despejada, lúcida, como si pudiera atisbar cosas que nadie me estaba inquiriendo, pero estaban allí como enigmas sin ninguna respuesta, como si todas las preguntas hubiesen desaparecido, o como si las respuestas tampoco hicieran falta.

En ese momento el perro y el gato se acercaron a saludarse, como amigos que eran, y doña Josefina se quedó contemplando algo por la ventana, con una expresión absorta, que parecía decirnos que sus sentidos estaban suspensos en el vacío, en otra parte. En ese momento Estefanía me hizo una seña de acercarme.

–Ven –dijo. Quiero mostrarte algo que tengo en mi habitación.

La seguí, abrió la puerta y me invitó a entrar a un cuarto repleto de imágenes artísticas, reproducciones de obras, láminas, libros, lámparas de colores, objetos delicados. Se paró frente a mí, hálandome por el brazo con fuerza y haciéndome aterrizar en su cuerpo hasta que nuestras bocas se buscaron y se saborearon los gustos, en un juego loco de labios y yo empecé a jugar con su lengua

y sus dientes, a sorber su maravilloso aliento y a detectar los distintos sabores de su paladar. Ella jugó con su lengua en la mía en diversos movimientos, y me dejé llevar para sentir cómo aquel beso atravesaba mi cabeza a la manera de un proyectil gozoso, penetrando también por el centro de mi nariz y de mi frente, por las órbitas de mis ojos y de mi cerebro, sintiendo aquella caricia profunda y aquel sudor de mujer como una música, como si un trozo de seda carnosa se apoderara no sólo de mis tejidos, sino que podía detectar las próximas imágenes que tenía almacenadas en la memoria; de ese modo también podía escarbar en mis sueños, colocando la boca en posiciones distintas desde donde aparecían los sutiles sabores del café que hacía poco había servido. La tomé por el cuello y ella por mi cintura, luego palpé sus poderosas nalgas y calibré la suavidad esponjosa de sus senos y el perfume que emanaba de su cuello, un leve vapor erótico empezó a tomar cuerpo hasta invadirme por completo.

Luego de separar nuestras bocas Estefanía me volvió a sonreír, y yo quedé sumido en la más pura felicidad. Volvimos a la sala tomados de la mano y Josefina observó nuestra unión con la mayor naturalidad, como si estuviese segura que de antemano todo esto iba a suceder. Bebimos más café, pero esta vez tomados de nuestras manos como si acabáramos de casarnos, bajo la mirada aprobatoria de Josefina y ante las presencias del perro y el gato rodeándonos de caricias melosas, sus lamidas y sus pelambres suaves. La noche

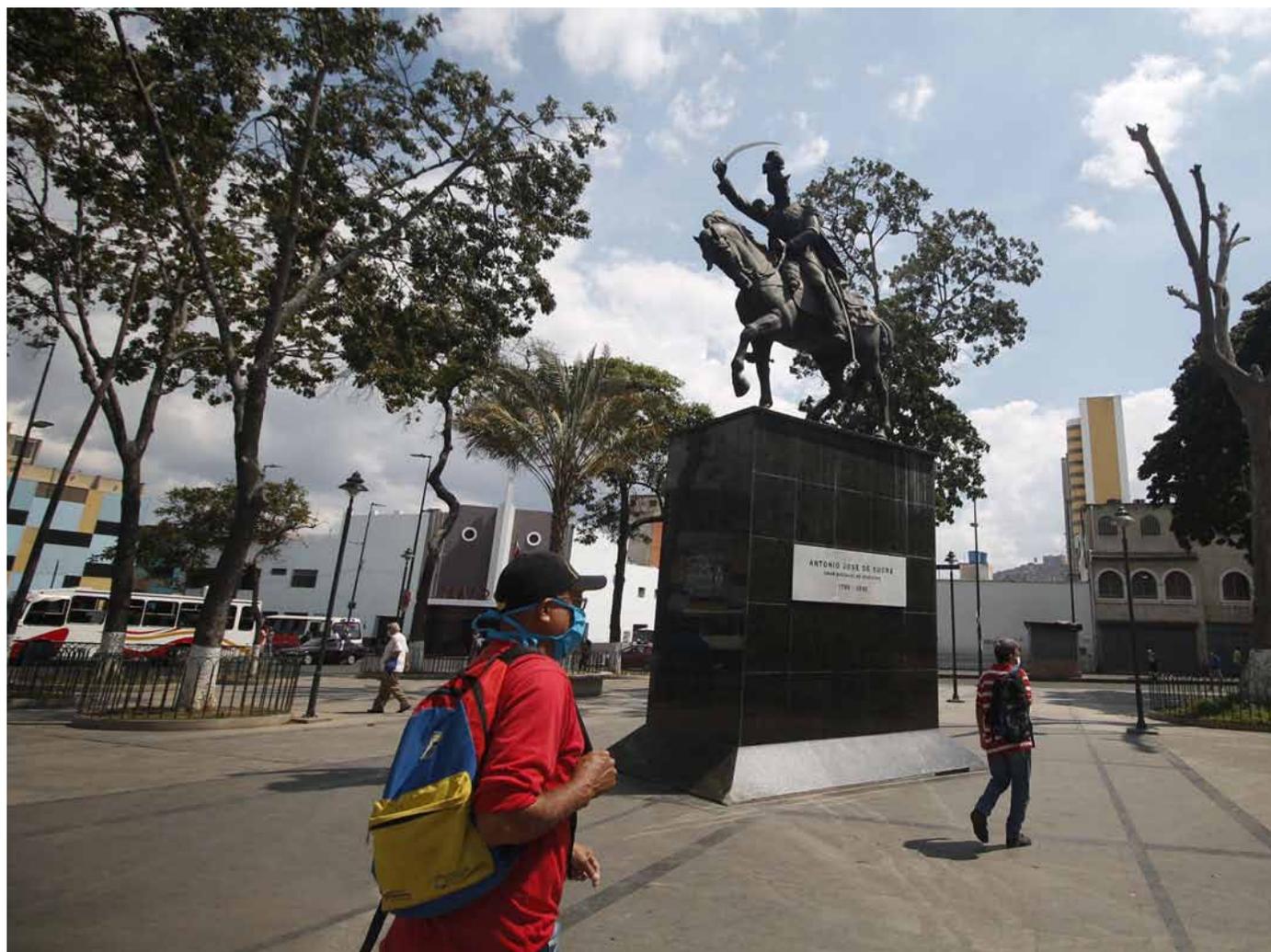
estaba cayendo y se hacía tarde para regresar a mi departamento. Al tratar de verificar la hora en mi Tissot, éste ya no estaba en mi muñeca, se había trasladado de ahí hacia las manos de Josefina en un movimiento y un instante que no pude percibir. Entonces los tres nos dirigimos hacia el ventanal principal del apartamento para mirar hacia la calle, comprobando que la gente ya no iba con tapabocas; algunos saltaban de alegría y los niños corrían libres por las veredas, celebrando que la peste había desaparecido, la pandemia había abandonado el planeta por los efectos mágicos de aquellas caricias que un dios le había trasferido a una diosa, escogiéndome a mí como mediador en el tiempo. Miré a mi alrededor y estaba ahora en mi departamento con el gato de ella y el mío enamorados el uno del otro y los perros también, se acariciaban como sólo ellos saben hacerlo, mientras Josefina nos miraba complacida de haber logrado su misión, y nos traía a mí y a mi deseada Estefanía nuevas tazas de aromoso café.



GALERÍA

nuestra ciudad se cuenta sola





FOTOGRAFÍA JAVIER CAMPOS

Los cambios en Caracas por la cuarentena radical fueron notables sobre todo en los lugares más concurridos como la plaza Sucre en Catia.



FOTOGRAFÍA JAVIER CAMPOS

Durante la jornada de flexibilización en Caño Amarillo los chamos drenaron toda la energía acumulada tras varias semanas de cuarentena por la pandemia del covid-19.



FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Durante el primer mes de la pandemia los medios de comunicación en el mundo comenzaron a difundir informaciones sobre la reducción de las emisiones de CO₂, debido a la paralización parcial de la actividad industrial y la aparición progresiva de animales salvajes en las grandes urbes. Por su parte, Caracas no podía ser la excepción y si los animales no tomaron las calles, al menos alguno que otro fue más aventurero y fue directamente a la oficina de fotografía del semanario *Ciudad CCS* para ser entrevistado.



FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

La cuarentena radical en el casco histórico de Caracas no fue razón para evitar juntarse y menos si se trataba de buscar un resuelve.



FOTOGRAFÍA JACOBO MÉNDEZ

Vista desde la avenida Bolívar con el pueblo acatando las normas de bioseguridad.



FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

Desde aquí, desde esta terraza imposible antes de esta pandemia nuestra, se ve una Caracas que ya no tiene los techos rojos, ni rojos rojitos. Reverdecerá y veremos.



FOTOGRAFÍA AMÉRICO MORILLO

A principios del año 2020 el pasaje Linares, ubicado en el casco histórico de Caracas, estaba abarrotado de personas para retratarse con los paraguas multicolores; por ahora permanecerá cerrado para evitar la aglomeración de personas.



FOTOGRAFÍA BERNARDO SUÁREZ

En la comuna socialista de Altos de Lídice continuaron la educación desde casa.



FOTOGRAFÍA ALEJANDRO ANGULO

Volando sobre las próximas edades.



BANCO CENTRAL DE VENEZUELA